

PLUS VITRA



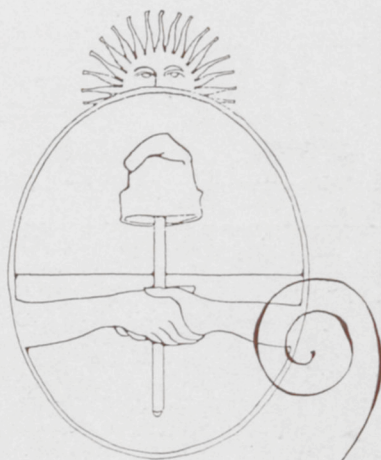
PREPARATIVOS
ÓLEO DE MARÍN.





SUEÑO DORADO

LA FUTURA ESTRELLA
GOUACHE DE ALONSO.



EL CONGRESO DE TUCUMÁN

Allí, en esa sala histórica, oculta en el seno del «jardín de la República» y rodeada por las frondosas arboledas del Tucumán colonial, sala que hoy invita al viajero argentino al recogimiento y la evocación de otros tiempos gloriosos, reuniéronse aquel día memorable, aquel 9 de julio de 1816, grabado con cifras de oro en nuestros anales históricos, los Representantes elegidos por los pueblos de las Provincias Unidas, para declarar solemnemente, ante el mundo, que era «voluntad unánime e indubitable de esas Provincias, romper los violentos vínculos que las ligaban a los reyes de España, recuperar los derechos de que fueron despojadas e investirse del alto carácter de una nación libre e independiente del rey Fernando VII, sus sucesores y metrópoli.»

Don Pablo Groussac, en su «Ensayo histórico sobre el Tucumán», pretendió restarle importancia a aquel acto, con caprichoso criterio, juzgando que con él los congresales no hicieron sino consagrar por escrito un hecho ya tiempo consumado. Esta afirmación fué desvalorizada, brillantemente, por la magistral pluma de don Nicolás Avellaneda. Merecen citarse estos párrafos de su crítica: «Esa declaración, dice en ella, refiriéndose al acto de la independencia, era necesaria en aquellos días de contrastes tan reiterados y de abatimientos profundos para los espíritus. Así opinaban los hombres de acción como Pueyrredón y los hombres de guerra como San Martín y Belgrano, y la promovieron con reclamo urgente. Ella dispuso hasta la alegría de los vencedores, dejándolos reflexivos y consternados, sin que sea necesario invocar otro testimonio que el de sus propios historiadores. Léase a Torrente.»

«Parece una ley humana. Una situación no se halla suficientemente caracterizada mientras no han sido expresados por la palabra los hechos que la constituyen. Se ejecuta el acto y tarda en pronunciarse el nombre con que debe ser anunciado al mundo. No es el «Rubicón atravesado» sino el «Alea jacta est» de César, el supremo esfuerzo de la voluntad humana.»

Y el mismo doctor Avellaneda, en un fragmento suyo sobre el Congreso de Tucumán, dice con igual elocuencia: «La declaración de la independencia, acto del más sublime y heroico patriotismo, contribuyó poderosamente en aquellos días infaustos

de la Revolución a hacerla irrevocable e invencible, no dejando otra alternativa sino la libertad o la muerte. ¿Quién podrá desconocer que con aquella mágica palabra los pensadores argentinos desataron las fuerzas sociales para ponerlas al servicio de la idea revolucionaria? Hemos quemado como Hernán Cortés las naves, y no tenemos otra salvación sino la victoria, decía la Comisión Gubernativa de Buenos Aires, respondiendo al pronunciamiento del Congreso.»

Tal fué la realidad. Estudiando la faz preliminar del congreso, es digna de considerarse la gran fuerza moral que debió animar a aquellos hombres que auspiciaron la idea y a los Representantes que lo formaron, cuando precisamente en esos días era más sombrío que nunca el horizonte de la Revolución, y las armas patriotas, desalentadas por la derrota, parecían impotentes para contener el avance de los vencedores.

No compartimos por esta razón, a pesar del gran respeto que nos merece, la opinión del historiador don Bartolomé Mitre, cuando refiriéndose al Congreso de Tucumán lo define como «producto del cansancio más bien que de la fe». Creemos, por el contrario, que únicamente la fe en los destinos de la Revolución y en la idea redentora que entrañaba, pudo reunir y dar cohesión a aquel bloque de ciudadanos, tan iguales en la elevación de su espíritu, como distintos en sus ideas de gobierno y de política.

Los Representantes del año 16, aunquellenos de vacilaciones en sus primeros debates, aunque sin ascendiente en la opinión pública, adversa en su mayoría, pues el primer mes de sesiones acusaba desorientación y pérdida de tiempo en discusiones estériles sobre cuestiones secundarias, sentían, sin embargo, sobre su conciencia la mayor responsabilidad que puede tener una asamblea ante la historia: la de constituir una nación independiente y libre.

Y jamás, en circunstancias tan desfavorables, un Congreso se ha puesto de pie para proclamar esa fórmula de soberanía nacional. El acto de nuestra independencia es un relámpago de gloria que ilumina el caos de la anarquía interna, con todos los elementos políticos en pugna. Los diputados de las Provincias Unidas, influenciados por la

palabra de Belgrano y por las cartas de San Martín, al resolver su actitud en la sesión del 9 de julio, declarando la independencia del país, revelan una voluntad titánica que les consagra de una naturaleza superior a la época. El voto de todos fué unánime aquel día solemne. Y por boca de ellos hablaban los pueblos.

Entretanto, aquel mismo anhelo de independencia, latente en el alma de las multitudes argentinas, era explotado como un medio para sus fines por el caudillaje que hacía de la idea separatista el estandarte bélico de sus ambiciones bastardas.

El acta del Congreso de San Miguel del Tucumán es la aurora de la soberanía nacional, como el nombramiento de la Primera Junta el 25 de mayo de 1810 es la aurora de la libertad política. Si este acto es sublime por la espontaneidad revolucionaria, aquel otro es sagrado por la magnitud moral de los principios que sustenta.

Y sin embargo, no es solamente la declaración de la independencia lo que forma esa aureola luminosa que envuelve al Congreso de 1816, en la historia patria. Su obra no se concretó a ese acto: fué también el que organizó el primer gobierno de consistencia interna, frente a la anarquía disolvente de los egoísmos locales que minaban las provincias. Y también, fruto de su labor legislativa, fué, tres años más tarde, aquella Constitución unitaria de 1819, tan anhelada como combatida después, que provocando con su centralismo los instintos de las semibárbaras masas campesinas, hizo presentir la noche sangrienta de la tiranía en las siniestras algaradas gauchas que el año 20 flamearon las divisas rojas, al correr de los potros, por las calles de la Buenos Aires colonial...

DIBUJO DE FORTUNY.

J. J. / J. J.
Julian de Charras!



JULIO GLORIOSO



4 DE JULIO DE 1776.

La Edad Contemporánea de la historia de América se adelantó en varios años a la del viejo continente.

Al pueblo norteamericano cabe el honor de haber iniciado en el Nuevo Mundo el período de las reivindicaciones democráticas. El 4 de julio de 1776, el congreso reunido en Filadelfia firmó la Declaración de Independencia. Las colonias no serían ya pedazos de tierra que cambian de dueños merced al capricho, sino patrias libres.

La declaración comienza así: «Cuando en el curso de



ESTADOS UNIDOS DE NORTE AMERICA.



EN LA LEGACIÓN NORTeamERICANA.—GRUPO DE INVITADOS PARA CELEBRAR LA FIESTA DEL 4 DE JULIO.

los acontecimientos humanos necesita un pueblo desatar los lazos políticos que le han unido a otro, y tomar entre las naciones de la tierra plaza aparte e igual a lo que le dan derecho las leyes naturales y las del Dios de la naturaleza, el respeto a la opinión de la humanidad le obliga a declarar las causas que le decide a la separación. Juzgamos evidentes por sí mismas estas verdades: todos los hombres han nacido iguales; están dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; entre estos derechos se cuentan la vida, la libertad y el procurar la dicha.»

REPUBLICA

9 DE JULIO DE 1816

Tan conocida como admirada es para el pueblo argentino, la inmortal fecha en que el Congreso de Tucumán declaró la Independencia Patria.

El solo esfuerzo criollo, sin poderosas ayudas de millones y soldados europeos, supo dar cima a la labor emancipadora.

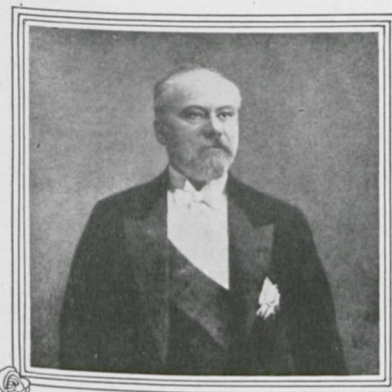
Alma de aquella titánica obra fué un hombre que había cooperado a la Independencia de la madre patria, luchando en los campos andaluces, el 22 de julio de 1808. También España, durante ese mes que acumula tantas fechas gloriosas, supo derrotar en la batalla de Bailén al hasta entonces



EL PÚBLICO EN LA PLAZA DE MAYO, ESCUCHANDO EL HIMNO NACIONAL ARGENTINO, EN LA FIESTA CELEBRADA EL 9 DE JULIO.

ARGENTINA.

invencible Napoleón Bonaparte. Ocho años más tarde, cuando definitivamente había caído el último de los conquistadores que lograra llevar a cabo el ideal ambicioso de reunir bajo un imperio diversas naciones independientes por derecho, en el jardín de la República unos hombres de firme voluntad y ardiente patriotismo ponen su visto bueno a la obra ya realizada y emprenden las tareas para realizar lo que aun falta. Y el sagrado ideal halló bien pronto una exteriorización, porque ninguno de los próceres alentara ambiciones personales. Orgullosos ante la injusticia de los tiranos, aquellos hombres fueron modestos ante el altar de la Patria.



MR. RAIMUNDO POINCARÉ, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE FRANCIA.

FRANCIA

14 DE JULIO DE 1789

El pueblo parisiense toma por asalto la Bastilla, la fortaleza, el «in pace», que representaba el poder sin límites de la monarquía absoluta.

Este ejemplo de soberana voluntad, esta sacudida imprevista y heroica, debía tener eco en casi todo el mundo. Desde ese día, un ideal de libertad comienza a esparcirse por todo el universo. A



esa Revolución deben el libre ejercicio de sus derechos todas las naciones donde hay hombres libres, hasta aquellas donde es maldecido el nombre de la Revolución.

En América alentó a las futuras naciones, y desde ese momento la bancarrota del coloniaje se precipita. El ideal republicano fructificó en la espléndida y fértil tierra sudamericana, que únicamente niega su vital apoyo a los regímenes monárquicos.



MR. HENRI JULLEMIER, MINISTRO DE FRANCIA EN LA ARGENTINA.

REPUBLICA ORIENTAL

18 DE JULIO DE 1830

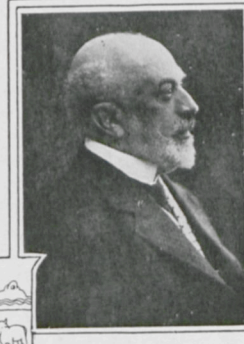
Disfrutando una bien ganada paz interior y exterior, la República Oriental del Uruguay celebra, con toda solemnidad, la gloriosa fecha en que sus representantes juraron la Constitución.

Un amplio y moderno espíritu de reforma anima a los dirigentes de la república, cuyo cuerpo legal es ejemplo de instituciones progresivas.

Ahora, que la Constitución de 1830 ha dado todos sus frutos, realizando la obra para que fué escrita, la misma Carta Fundamental se halla bajo el poder de ese ideal reformador. Una nueva Constitución que responda a las exigencias de los nue-



DR. FELICIANO VIERA, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY.



SR. DANIEL MUÑOZ, MINISTRO DEL URUGUAY EN BUENOS AIRES.

DEL URUGUAY

vos tiempos se halla en vías de ser formulada.

La Constitución de 1830 es el producto de un movimiento entusiasta, patriótico, que daba por fin al Uruguay la esperada independencia. Al abrigo de sus preceptos, la república fué salvando todos los obstáculos que se oponían a su libre marcha. Siempre ha dominado en la mente de los ciudadanos de la república hermana un profundo optimismo patriótico, y el tiempo demostró que esta fe en los destinos del país no era una fe mentida.

Por eso ahora sus gobernantes han creído llegado el momento de modificar la Constitución de 4 de julio de 1830.

COLOMBIA

20 DE JULIO DE 1810

Durante la noche de ese glorioso día, el pueblo pidió «cabildo abierto», como nuestros patriotas del 25 de Mayo. Constituida la Junta Suprema del Reino, bajo la presidencia del último virrey, Aznar, bien pronto extremóse la revolución, comenzando el movimiento emancipador que fué uno de los más laboriosos y sangrientos.

La constitución del nuevo país, nacido para la libertad, tuvo crisis peligrosas; pero la voluntad del pueblo consiguió hacer viable el ideal que tantas y tan generosas existencias costara.



SR. ROBERTO ANCIZAR, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

PERU

28 DE JULIO DE 1821

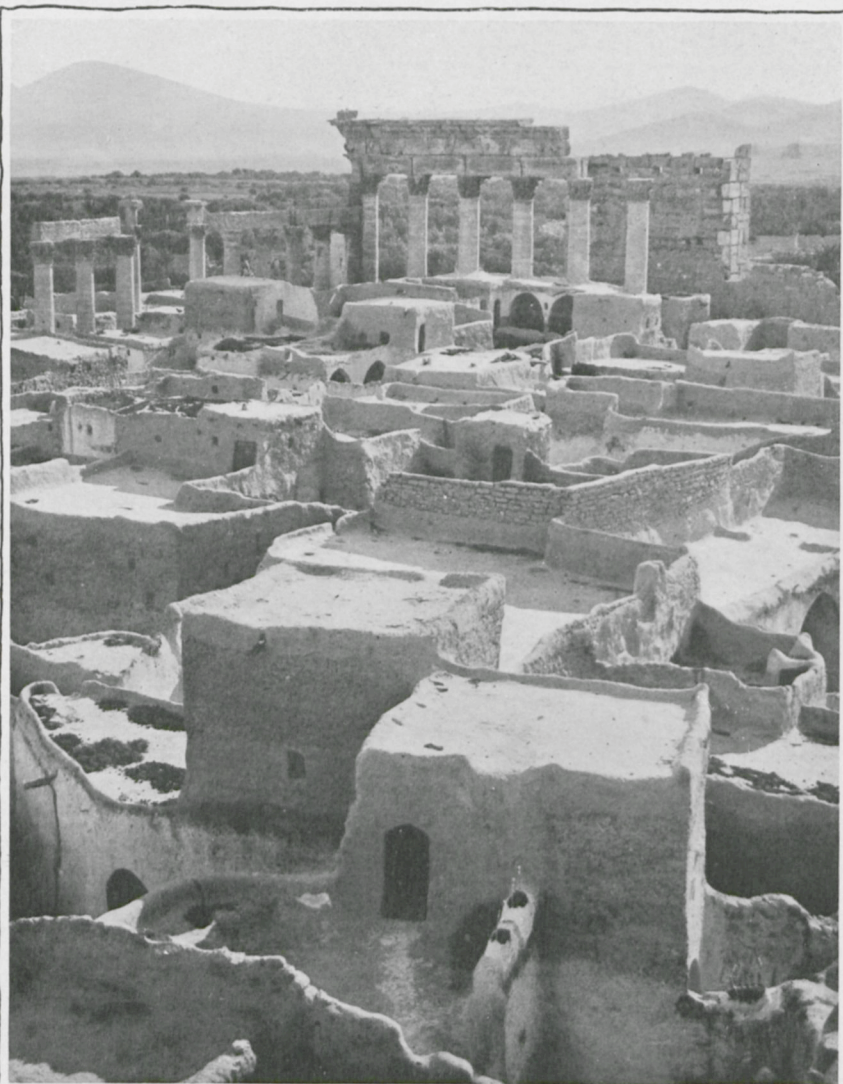
El general San Martín, al mando del ejército libertador, hizo su entrada en Lima el día 13. El 28 fué proclamada la Independencia del Perú.

La emancipación de la república hermana, llena doblemente de júbilo a los corazones argentinos. Fuertes vínculos de fraternidad ligan a estos dos pueblos, cuyos destinos nunca se encontraron frente a frente en los campos de batalla.

Al atravesar los Andes, los héroes de Chacabuco demostraron que las montañas más altas no pueden servir de límites al cariño de los pueblos.



DR. AUGUSTO DURAND, MINISTRO DEL PERÚ EN LA ARGENTINA.



PALMIRA
RUINAS DEL
TEMPLO DEL SOL

Es Babilonia, sepulcro de las razas y las civilizaciones...

Es Palmira, «reina de Oriente»: la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aun le tejen, orgullosas, las columnas del Templo del Sol...

Es Bagdad, la amada de los Califas: la sultana enojada con las gemas de Ctsepion la venerable y la muerta...

Es Pérgamo, la sabia, que aun muestra los sillares entre los cuales albergó aquella Biblioteca de los doscientos mil pergaminos, que un tiempo obscureció el docto resplandor de Alejandría...

Es Mileto, la solitaria, ensoñada en lo remoto de su grandeza...

Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato...

Es, en fin, Jerusalén, la enigmática, la sombría...

.....
Palestina... Judea... Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

Y cuando sean pasados los siglos del mañana, cual lo fueron los siglos del ayer:

Cuando el drama que vivimos, y en cuyo fuego ardemos, no sea en los confines de la edad sino estelar y frío reflejo:

Entonces las innumerables legiones asiáticas, al invadir a Europa, en las jornadas de la enésima guerra de los hombres, meditarán sobre las ruinas de París, de Berlín y de Londres, como ahora, en los altos de sus marchas victoriosas han de meditar, junto a las ruinas de Babilonia, Ninive, de Pérgamo y de Palmira, esas huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibothra y de Kapurtala, marchando a la sombra de la bandera británica sobre los legendarios campos de Asia Menor, bajo la nave augusta de un inmenso templo que induce a la piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

París, 1917.

CORRESPONSAL.

TRAGEDIA MODERNA EN-TEATRO ANTIGVO

No hay, entre los caminos del mundo, senda venerable como ésta por la cual van, sobre el polvo de los siglos, las huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibothra y de Kapurtala, marchando a la sombra de la bandera británica... Hijos y nietos de aquellos irreductibles «xatriyas» que hasta la última gota de su sangre lucharon contra la opresión inglesa, hélos trocados por mengua o por merced del destino — ¡quién lo sabe! — en servidores fieles del Imperio, para el cual, al precio de sus vidas, conquistan el Asia Menor: y asientan sobre ella, con firmeza de cosa durable, un eslabón de acero que, de hoy más, hará fuerte y una la cadena del señorío anglosajón, al través de Europa, de Africa y de Asia...

Y así, para este señorío, la jornada del máximo futuro esplendor se decide sobre el que fué solar de los máximos pasados esplendores.

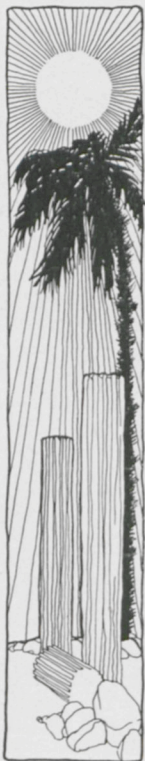
.....
Palestina... Judea... Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

No hay un oasis cuya sombra no se pueble con los fantasmas de aquellos inmortales muertos que «nos mandan»...

No hay una piedra que en su relieve no diga, cincelado, el poema de la evocación...

Y entre las ruinas, y en el silencio de los desiertos, y bajo el oro y el azul del cielo, el paisaje es nave augusta de un inmenso templo que induce a piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...



RUINAS DEL TEATRO DE MILETO.
AL FONDO EL MEANDRO Y EN EL HORIZONTE LA ISLA DE SAMOS





ARTE NACIONAL

ZAINO Y COLORADO

ÓLEO DE FADER.





BANDER ALÒ

REMINSISCENCIA ANECDOTICA

Por

SEVERIANO LORENTE



Un íntimo del famoso novelista que aristocratizó, con grandeza literaria de primera clase, dos apellidos tan amillarados y vulgares como los de Fernández y González, se permitió, en momentos de grosera confianza, la increíble licencia de decirle: — Pero, Manolo, ¡por Dios!, tú no has estudiado historia...

Lejos de irritarse por aquella osadía blasfema, el lesionado tomó la cosa con toda la calma de que era poco capaz; y replicó, endulzando el lenguaje con su habitual acento ceceoso:

— Tienes razón, chico; pero es que no necesito estudiarla: yo, la historia, la presiento...

Bien, pues, lector de mi elevado aprecio: por absurda que te resulte la extraña afirmación, yo puedo atestiguar que en esa frase, de construcción sincera, no hay el menor conato de acondicionar un chiste; ni tan siquiera asomos de procurarse una donosa tangente, para escapar al rigor de una acusación formidable. Porque, te lo aseguro con arrogante firmeza, digna de rematador en ejercicio: «yo lo garanto»; la historia puede ser presentida.

Y no ya en aquellos sucesos de repetición, que se reproducirán infaliblemente, así que otra vez funcionen, bien conjugadas, las circunstancias que precedieron y acompañaron a la génesis del acontecimiento inicial. Adivinar el 2 de diciembre del tercer Napoleón, conociendo de antemano el 18 de Brumario, ya eternizado por su señor tío (¡vaya

un tío!) no es pálpito asombroso, como para quedar inundado de embeleso admirativo. Como tampoco parece descomunal vaticinio, el prever que los ejércitos del kaiser allanarían el Luxemburgo y la Bélgica, para atropellar «de atrás» a la distraída Francia norteña, conocidas las ciclópeas defensas que hacen inviolable el suelo de la República, por su lindero oriental.

No; esas predicciones no ofrecen la menor dificultad, para cualquier profeta medianamente baquiano, desde que son tan fatales como un vencimiento bancario. Lo que tiene salero es dar con una solución histórica, sin referencias que por deducción lógica o por la brújula del método inductivo, le lleven a uno al acierto «como por un tubo». Entiendo que don Manuel Fernández y González aludía a esa categoría de presentimientos adivinatorios, tan dignos de su andaluz imaginación, y de su macho, aunque mal amamantado talento.

Yo, que ando tan lejos de ser un mozo prodigio; yo, que ni siquiera he tenido la cordura de alojarme en un manicomio, como lo estuvo Gounod, poco tiempo antes de rayar, con el diamante de su genio, el cristal pentagramático donde grabó las filigranas de su «Fausto», he sentido, también, mi pálpito de augur afortunado, en condiciones que reputo dignas de la pública narración, para edificar, ejemplarizándolo, el candoroso entendimiento del mañana, remoto e incierto. Luego me dirás, lector, si es que me he pisado feo o si me

apunto una acertada jefa. Excuso decirte que en mi relato ha de resplandecer la verdad de primer agua; lo que lamento es la desaparición de casi todas las personas cuyo grato recuerdo evoco. No se me esconde lo cómodo que resulta «el hablar de muertos», cuya sellada boca no se ha de abrir iracunda, para desautorizar la falacia de un mendaz testimonio; pero yo no tengo la culpa de que hayan fallecido; tan no es mía, que a ninguno de ellos le asistí en su postrera enfermedad... de la que nadie se ha dignado convalecer.

Pero no nos distraigamos, porque urge entrar en materia; que si se enredan las cuartas nos exponemos a perder el tiempo: cosa que vale platita.

Vamos, pues. Por la época en que los rieles del Ferrocarril Oeste avanzaban a rienda suelta, rumbo a la Pampa Central, para lo que habían arrancado de General Villegas, donde tomaban breve resuello de contados meses, don Carmelo Destouches, «tata Dios» del partido municipal y diputado del partido conservador, a la Legislatura de la Provincia, me habló un día en Villegas, no del tenor, pero sí del partiquino que sigue:

— Me alegro de verlo, porque tengo que conversar, en asunto de relativo interés. Los otros días, charlando en Buenos Aires con el diputado nacional Massey, me dijo que el General Roca (entonces reincidente en lo de presidir la República) le ha hecho un encargo, que don Arturo me ha endosado a mí... y que yo, a mi turno,

le voy a encanchar... Perdón que le eche el guacho... Ya sabe que recién, dentro de unos meses, va a librarse al servicio público, la prolongación del ferrocarril entre esta estación y Meridiano V.

— Así es (dije yo con la entereza del que está en el secreto.)

— Bien, pues; el General Roca desea, mientras ello sea posible, que las nuevas estaciones lleven nombres indígenas. Está ya hasta la coronilla, de apellidos ingleses, franceses y otras gringolías, que sobre ser de difícil pronunciación y endiablada escritura, no evocan nuestro pasado, ni se vinculan a las cosas castizas del terruño, ni siquiera rozan la étnica racial, de filiación aborigen... Yo entiendo que Roca piensa bien... y además, quiero complacerlo: para eso es el patrón...

— ¿Y?...
— Se trata de cristianar la estación ubicada cerca del meridiano quinto. La empresa del ferrocarril quiere hacerle el gusto al Presidente... y sólo nos falta un buen nombre de pila. Yo he practicado empeñosas averiguaciones, con algunos vecinos, veteranos viejos y criollos de cepa, en procura de datos relacionados con las características del lugar y con la conquista del desierto... ¿Querrá creer? pues lo único que he sacado en limpio, que tenga color medio indio, es que en las inmediaciones de la futura estación, hay... o por lo menos había en otrora, una cuchilla, loma, o cosa así, que los salvajes llamaban Bandaló o Bandaló; porque no se sabe en fija... La incógnita le pasa raspando a uno de esos nombres: pero no hay nada seguro al respecto...

— Bien; pero, sepamos qué pito he de tocar yo en la emergencia...

— Poca cosa. Yo lo haría de buena gana, sin molestarlo: pero, ya lo sabe; entre la Municipalidad, la Legislatura, y los consiguientes viajes a La Plata, a gatas me queda tiempo para bostezar a mi gusto. Usted no está tan ocupado como yo...; por otra parte, sus hábitos periodísticos le facilitan el macaneo de las improvisaciones a pelo y a pluma; por eso, a su pluma apelo. No me diga que no: pues no ha de costarle gran trabajo enjaretar unas carillas, para fundamentar su preferencia por uno de los dos títulos que andan en pleito. En cuanto a la partícula india que figura al final de ambos nombres... vea; el Cura creo que tiene un diccionario quichua. Con ese elemento y un poco de baquía profesional, puede darse la vuelta lo más bien... No hablemos más de eso... ¿Quiere?... Disculpe, amigo; ando muy apurado... Pasado mañana volveré, para caer por su casa, a recoger el escrito ese... Mucho gusto de verlo...

Con lo que, sin más trámite, subió al sulky, agarrando para su casa, sita en Los Arbolitos: agrupación urbana que, gracias al General Roca, se llama ahora Caldenes, como lo acredita el rótulo de su estación ferroviaria.

Yo me quedé en la vereda, desde donde me había conversado «el caudillo», y celebré la invención de las paredes; ya que, gracias a una próxima, no me caí de espaldas. ¡Ahí es nada! En el angustioso plazo de dos días escasos, había yo de averiguar un buen montón de cosas, desconocidas por todos los vecinos, estantes y transeúntes de Villegas, menos para «el fraile», que... ¡quién sabe si las sabría... y si estaría, a la sazón, en el pueblo!... Además, tenía que decidir mis ocasionales inclinaciones por uno u otro de los rubros propuestos... Y, de yapa, pendolear una especie de memoria... toda ella de memoria, fundando mi preferencia, apoyada en motivos orográficos, étnicos, filológicos, históricos y... «el diablo a cuatro»...

¡Con doscientos y el portero! ¡Qué cosas se les ocurrían a don Carmelo Destouches, al señor Arturo Massey y a Su Excelencia el General Roca.

Pero no había qué hacerle: porque, según opinión de un médico napolitano, «per vivere in pache é cume la quente, in cuesto bel paese, bisogna andare ben col equicativo». Y el poder ejecutivo, absoluto, indiscutible, soberano e inapelable, lo era, en particular y en General Villegas, mi excelente amigo don Carmelo Destouches. De manera que empecé a poner el hombro bajo la enorme pesadumbre de aquella abigarrada empresa.

Mi primera gestión empezó siendo un fracaso ridículo y lamentable: el párroco, don Enrique Riva Vila, no era poseedor de ningún léxico quichua. Posiblemente, le habían equivocado con un otro presbítero, cuando ambos tenían, en Lincoln, idéntica jerarquía eclesiástico-militar; vale decir, tenientes curas. ¡Plancha!...

Pues... no tan plancha: porque si don

Enrique no tenía el apetecido vocabulario, en cambio, lo había hojeado y ojeado con insistente afán de bibliófilo insaciable. ¿Qué deseaba yo saber? ¿El significado del afijo «lo», que suena en nombres de lugares como Catriló, Italó, Salliqueló y etcétera? Pues, nada más sencillo; esa desinencia quiere decir, sencillamente, «cerro».

— Ni una palabra más, mi querido señor cura: ya sé lo que deseaba; o como dicen en las comedias, «ahora lo comprendo todo». Gracias, muchas gracias, un millón y pico de gracias, por su excelente y eficaz colaboración, que me aclara la vista... ¡una barbaridad!

Efectivamente; aquella luminosa información, esclarece los horizontes de mi pesquisa, con resplandores de luz meridiana... que allí debía ser quinta...

Sabiendo que los indios adoptaban sin modificación, los sustantivos aprendidos de los cristianos, diluyéndolos en su jerga salvaje, quedaba cerrado el ciclo de la ya fácil y apaisada investigación. Teníamos, pues, que en las cercanías del meridiano quinto, había una modesta elevación del terreno, a la que los naturales llamaban «Cerro de la banda» o «Cerro de la bandera». ¿Por qué? Lo de cerro de la banda, no me sonaba mayormente, malgrado la concentración de los instrumentos que integran esas agrupaciones o patotas musicales... Por otra parte, lo de elegir un promontorio, erguido en la vasta extensión de la llanura, para hacer música de viento, en contrapunto con el pampero, no me parecía de un acierto exagerado, dadas las negativas condiciones acústicas del «local»... y las escasas comodidades disponibles para la adecuada instalación del auditorio. Una banda de música allí ubicada, habría sido verdadera «vox clamantis in deserto»... Deseché, pues, la versión, por disparatada; y me así a la otra, que así como así, se parecía mucho a la ansiedad con que el náufrago se agarra al madero vecino, cifra y esperanza de su incierta salvación.

Lo dicho; eso de la banda, no pasaba de ser una macanita: en desquite, lo de la bandera, tenía mejor color y más visos de juicioso fundamento. Muy bien; pero ¿cómo iba yo a izar una bandera que viniese a cuento, en aquellas apartadas soledades? ¿Y cómo hacerlo de manera consuetudinaria, cosa que, andando el tiempo, la enseña diese nombre a aquella jorobita de la pampa, que ya me estaba jorobandito a mí, más de la cuenta? Pues ya la cosa me parecía tan practicable como el deporte de soplar e inflar botellas.

Con lo que, pluma en ristre, me puse a la labor: y en el trabajillo a modo de croquis monográfico, dije, más o menos: que «cuando se estaba operando la redención de la pampa, había acampado la división comandada por el general don Conrado Villegas al reparo de aquella protuberancia del suelo; no sólo porque el campamento quedaba así amparado contra el rumbo habitual de los vientos allí reinantes, sino también porque servía de antemural, para guarecer a las tropas contra las asechanzas peculiares a un enemigo tan astuto y artero como el salvaje. Además, la loma consti-

tuía una marcial atalaya, para otear los ensortijados movimientos de la indiana.

Naturalmente; el bravo General Villegas, cuyo nombre rotula ahora aquellos pagos, lejos de hurtar su presencia a las feroces hordas enemigas, se la notificaba a diario, haciendo izar, en el punto más elevado de la loma, el lábaro nacional, que permanecía enhiesto de sol a sol; el mismo astro de fuego cuyos rayos retozaban, cachafaces, en el oro del escudo bordado en el glorioso tafetán.

Todo eso podría ser verdad, y no haber sucedido; pero precisa reconocer que la historia nacional no recibe por ello la más mínima agresión, ni menoscabo alguno.

Concluido mi esbozo inquisitivo, donde como es lícito suponer, «me extendí en consideraciones», no todas ellas muy consideradas con la paciencia del lector, entregué las cuartillas al diputado provincial Destouches, que se las pasó al diputado nacional Massey, quien a su vez las puso en manos de Su Excelencia el Señor Presidente de la República; último y supremo eslabón de la cadena del trámite. Pero yo ignoraba que ese emblema de opresión tuviese un anillo más, cuya intervención en aquel negocio, distaba mucho trecho de mis cortas previsiones: y éste, que vino a ser áureo eslabón, lo era nada menos que el mismísimo General, estadista, historiógrafo, orador y polígrafo, cuyo nombre ha dejado sin Piedad al copioso elenco de las arterias municipales...

Ya no me acordaba yo de Bandaló ni de la indiada, cuando un buen día me encontré, en el «Sportsman», con aquel espejo de caballeros y manantial de cortesía, que se llamó Arturo Massey:

— Le felicito, amigo... (se apresuró a decirme, con expresión bondadosa).

— ¿A mí? (prorrumpí, algo desconcertado por la sorpresa).

— ¿A quién ha de ser? A usted. Y le felicito por su acertada en lo de Bandaló: verá; el Presidente envió sus cuartillas al General Mitre, para pasar su contenido por el filtro de aquella asombrosa erudición; y don Bartolo le ha informado que la versión suya resulta ajustada a la más estricta verdad histórica...

«¡Tableau!»

Ya lo estás viendo, lector amigazo: la cosa es «más clara que chocolate de fonda»: no hace falta leer historia, bastando, para saberla, con presentirla, como decía el genial novelista, y excelso poeta épico, don Manuel Fernández y González...

Porque el proceso no se reduce tan solamente al informe del venerado y venerable General Mitre. Sintióndome yo intrigado, frente al estrambótico y pichincherito éxito, rogué a mi entonces amable y hoy llorado amigo, el risueño costumbrista, don Nicolás Granada, que inquirese de su señora hermana doña Carmen, viuda del General Villegas, lo que pudiese haber de cierto en el jueguito de izar la bandera patria en el cerro de mi cuento... Y con gran sorpresa mía, unos días después, el chacotón autor del «Juca Tigre» me corroboró el dato (¡lástima que no fuese para las carreras!) que ya para entonces había consultado a la ilustre matrona. Esta señora recordaba haber oído a su esposo, lo de arbolar la bandera, todos los días que la división del famoso caudillo permaneciera cabe el abrigo del mentado cerro...

Como dice el guardia municipal de «Pepe la frescachona», yo no volvía de mi apoteosis: porque el informe del insigne General Mitre podía ser un rasgo de complacencia, tan natural en su bondadoso carácter; pero, unido a su testimonio el de la distinguida dama que se apellidó Granada de Villegas, constituía un serio alegato en favor de la teoría preconizada por el autor de «Los siete niños de Ecija». ¡Qué siete niños!

Decididamente; la historia puede ser presentida.

Y no debe ser estudiada. ¡Para lo que enseña!...

En cuanto a mi emoción, lector de mi alma, no seas mal pensado ni me atribuyas una vanagloria que no sentí: porque no he perdido de vista lo de aquel musicante de la fábula, que una vez tocó la flauta; no de oído ni por cifra, sino por el conjuro de una bienhumorada casualidad.

Y ya sabes que el nombre de esa señora (sigo conversándote de la casualidad) es «el seudónimo con que suscribe el buen Dios, todas aquellas obrillas que no quiere firmar».

Así se ha dignado asegurarnoslo, nuestro común amigo Víctor Hugo.

«Chao».



DIBUJOS DE ALONSO



PESCADORES DE CULLERA
ÓLEO DE J. MONGRELL.

DE LA COLECCIÓN BOU.



LA COLECCIÓN

DE AMBROSETTI

Esta colección del doctor Juan B. Ambrosetti no es fruto de un avariento amor a las cosas viejas, ceñido a los impulsos, — que suele tocar los límites de la manía, — de adquirir, de atesorar y guardar para regocijo estéril y solitario del poseedor de rarezas o curiosidades, como otros adquieren, atesoran y guardan monedas de oro. Las circunstancias mismas en que la iniciara demuestran que le guiaba otro ideal mucho más levantado. Hace de esto lo menos veinticinco años, realizó sus primeros viajes de estudio por las provincias del norte, dedicado entonces a juntar elementos arqueológicos y etnográficos, con los cuales y su vasta información, llegó en poco tiempo a acreditarse especialista en ambas materias, formando luego, a su lado, a otros hombres, que, jóvenes aún, proseguirán la tarea que aquél, su maestro, iniciara con tanto entusiasmo y continuara en el resto de su vida con encomiable perseverancia. En aquellas andanzas que dieran asunto a más de un pintoresco y sabroso cuadrillo que firmó con el seudónimo de Fray Tetra, tropezó aquí, en un rancho, allá, en el rincón de una casa solariega, en otra parte en las ruinas de un templo o de una capilla, o en un almacén de campaña, con una arqueta o secretario del más puro estilo florentino, con una fantástica imitación fabricada «en casa», con un cuadro de pueril intención edificante, con una puerta de iglesia tallada en algarrobo, con un Cristo puesto por el artista en peores condiciones que dejaran a Jesús los impíos, con imágenes del santoral mejor o peor tratadas, cosas que fué recogiendo primero, con ánimo curioso y luego, con propósitos que le inclinaron a estudiar no sólo el arte de la colonia, sino la época de la dominación misma, en forma que uno de sus íntimos ha declarado que su conocimiento y su documentación referentes a la dominación española en esta parte de América, podrían señalarle un lugar de primera fila entre los historiadores.



ALTAR, EN LA CASA DEL DOCTOR AMBROSETTI. — EL SECRETAIRE ES MILANÉS, DE GRAN VALOR, Y DEBIÓ PERTENECER A ALGÚN POTENTADO DE LA IGLESIA; LA ARQUETA ES CRIOLLA, LO MISMO QUE EL CRISTO; EL GOBELINO ES PERUANO; LA DOLOROSA Y EL ECCE HOMO, DEBEN SER COPIAS.

Uno de los muebles así hallados, hecho de ricas maderas e incrustado de marfil, mostraba en sus cajones, cuando lo vimos, señales de haber servido de armario de cocina en el rancho donde lo encontró el doctor Ambrosetti. Restos de yerba, de azúcar, de sal, semillas de tomate, acre olor a cebolla, atestiguaban el destino que cupiera a la lujosa prenda, orgullo sin duda de algún potentado real o de la Iglesia. Más tarde tuvo correspondientes, sistematizó lo coleccionado y puso los cimientos para el estudio del arte colonial.

El cuadro que representa el milagro de la Virgen María durante el memorable sitio del Cuzco por el Inca Manco, servía de cielo raso en la celda de un humilde recluso en un convento de provincia, por ejemplo, y de allí se lo envió uno de sus allegados. Ambrosetti lo hizo restaurar, a su vista, y obtuvo uno de los documentos etnográficos peruanos más valiosos, pues ha permitido comprobar cotejando de los asertos de cronistas como Herrera o el Inca Garcilaso y reconstruir trajes y costumbres de acuerdo con americanistas como Giménez de la Espada, Cronau, Wiener, Castelnau, etc., o desvirtuar sus datos.

Los elementos principales se refieren a la religión y se explica. La dominación española en ese primer acto de estupendo poema que se llama la Conquista y que ninguna creación imaginativa ha superado en aventuras, en proezas de valor, en actos de sacrificio, a impulsos de una ilusión cuya realidad huía ante los ojos fiebriles de aquellos hombres cargados de hierro y livianos de alimentos, tomó la cruz como su aliado en la empresa, y a ella confió más tarde la obra de penetración en los espíritus para concluir la con menor quebrantamiento de sus propios huesos y voluntades. Los religiosos, acompañaron a los intrépidos conquistadores, y, hombres recios, duros a la fatiga ellos mismos, las crónicas no los distinguen de los primeros, ni en la energía que les animó pa-



EL HALL DE LA CASA DEL DOCTOR AMBROSETTI, ADOBNADO CON MUEBLES VIEJOS.



ARMARIO DE ALGARROBO Y CEDRO.
TALLA CRIOLLA DEL SIGLO XVII. PRO-
CEDE DE JUJUY.

ARQUETA FABRICADA EN LIMA O EN
EL CUZCO.

ra cruzar las pampas desoladas, los bosques, aun hoy impenetrables, las tierras que alientan enfermedades y ponzoñas, ni en la fe que les iluminaba el sendero seguido por unos con fines materiales y espirituales por los otros. Allí, donde fué un soldado, fué un fraile, y aun mas allá, pues cuando aquél desmayó, este encontró todavía fuerzas suficientes para reanimarle y encaminarle hacia el triunfo. Sólo que la cruz penetró más hondo que la espada y sus frutos fueron más duraderos.

Ahora bien, los religiosos penetraban en las almas en forma que demuestra su sutil ingenio. La idea de la Trinidad, — por ejemplo, — en aquella representación del Renacimiento con la paloma del Espíritu Santo, no sería comprensible para las materialistas cabezas indígenas e inventaron la forma que muestra el cuadro que reproducimos: tres cabezas exactamente iguales. «Tres personas», — ignoro como sustituirían lo de distintas, — «y un solo Dios verdadero». Los cultos eran todos de gran pompa y lucimiento, como para deslumbrar, y esta característica pasó a las costumbres de los colonizadores que la mantuvieron aumentando a sus expensas la suntuosidad de aquéllos y riqueza de trajes. Y no contenta cada familia con formar parte de alguna orden o congregación, levantaron ya una capilla o ya un altar, según los medios disponibles, con las imágenes de los santos predilectos.

La obra de los religiosos y la demanda de los particulares dió cierto cariz de prosperidad a los «artistas», que abundaron precisamente en razón directa del elemento indígena.

Hay quien cree que esto demostraría la tradición de poner el arte en manos serviles, — pero si se piensa que los cronistas de Méjico y el mismo Solís y los del Perú, como Antonio de Herrera, mencionan a los pintores como elemento profesional «en uso», podría deducirse que el arte durante la colonia no cambió de manos, sino de motivos y de aplicación. Los españoles, religiosos o civiles, aprovecharon inclinaciones naturales y las encauzaron a sus fines. El virrey don Francisco de Toledo envió, en 1572, unos lienzos a Felipe II, que representaban a los incas y a sus mujeres, y le proponía mandar algunos de los pintores indígenas «que aunque los indios pintores, no tienen la curiosidad de los de allá, que por la flema y poca pesadumbre de su naturaleza, creo que gustaría V. M. de tener algunos en las casas de Aranjuez y el Bosque y el Pardo, no los he osado ynbicar sin licencia, que no es gente con quienes menester hacer mas asiento que dalles la comida y la manta con que se cubren.»

De la condición de los tales artistas aún en época muy posterior, a mediados del siglo pasado, da una idea el relato de un viajero que pasó por el Cuzco y conoció a uno. Vivía en una inmundicia pocilga, cocina, dormitorio, comedor, gallinero y taller, todo a un tiempo y en el mismo lugar.

Su mujer tratábale de holgazán y borracho, pues apenas lo que pintaba satisfacía su amor por la bebida. El preparaba los colores y fabricaba sus pinceles, cortando pelo de los perros muertos. No tenía nociones de anatomía, ni conocía reglas de perspectiva, pero copia una cara de aquí, una mano de allá, un cuerpo de tal otra parte, ese «artista», como los que le precedieron y tal como se echa de ver en las obras que reproducimos, salvo las copias, como el Cristo que pintó el Demonio, cumplía sus encargos que, tratándose de Santos o Vírgenes, cobraba según el desnudo que mostraban.

Desde Felipe II hasta Carlos IV, vinieron a América cuadros y esculturas de los más famosos artistas de la Península y la mayor parte fueron copiados o imitados, como sucedió con las labores en madera, arquetas, etc. Las tallas de puertas, de capillas o iglesias o de armarios, en cambio, alcanzaron a definir un verdadero arte colonial.

Así, por ejemplo, el armario de algarrobo y cedro, obra de exquisito buen gusto y quizás del siglo XVII.

La arqueta que sigue en orden de grabados, es en su forma y en los hierros, copia de los españoles, pero las aplicaciones son obra de una fantasía peregrina. El primer cajón de la primera fila reproduce dos arcabuceros, el 2.º, Adán y Eva en el momento del maldito ofrecimiento de la manzana, y el 3.º, dos mujeres, una tocando un arpa y una cítara la otra. El cajón largo representa una corrida de toros.

Para llenar la escena, sin duda, el escultor agregó a la izquierda un tigre con una cara maravillosamente humana, y a la derecha, un león también «humanizado». En cuanto al toro es monstruoso y el torero luce un garbo... indígena. En esto hay fantasía nada más, pero arte verdadero, habilidad, expresión, se encuentran en el San Juan hallado en Purmamarca, en Jujuy. Además, salta a la vista que el modelo fué un indígena.

El Cristo de Nogolí (San Luis), aparte de mostrar el ensañamiento del artista, pues le ha llenado el cuerpo de llagas, desgarraduras y sangre, es un ejemplo de como los religiosos querían que sus creencias entraran por los ojos.

La puerta de una capilla de Catamarca es del siglo XVIII, y es arte de decadencia, no así la otra de Salta, que no ofrece mezcla ninguna.

En «La tunanteada», un feligrés, pintado a la izquierda, y víctima, sin duda, de algún pecado en casas como la que aparece a la derecha, pide a la Virgen que interceda ante el Altísimo para que le cure, tal vez, o le sea redimido su pecado.

El Cristo que pintó el Demonio (rojo todo él), es copia del original que se conserva en Malta, según una leyenda de aquella isla. La inscripción del cuadro dice: «Copia de una Imagen de Jesús Crucificado cuio original se venera en Malta, pintola el Demonio a Instancias de una mujer esclava suia que deseaba ver como habían puesto los judíos al Salvador en la Cruz al expirar. Resistióle el Demonio al principio por temor que a su vista se había de convertir aquella mujer como efectivamente se convirtió a Dios Ntro. Sr. que quiso por aquel medio rescatar aquella alma por quien tanto había padecido.»

En el conjunto de la colección abundan las piezas religiosas por la sencilla razón de que en tal género tuvo el arte



PUERTA DE ALGARROBO, DE ESTILO CRIOLLO PURO, DE UNA IGLESIA DE SALTA. TIENE LA FECHA DE 1738. CONTRA LA PARED, EL CUADRO «LA TRINIDAD». EL MUEBLE ES DE SACRISTÍA Y LA TALLA REPRODUCE EL SACRIFICIO DE ABRAHAM.

EL CRISTO DE NOGOLÍ (SAN LUIS).

entonces, su más inmediata aplicación. Y como lo hace notar Julio Noé, las regiones de más abundante producción artística fueron aquellas donde predominó el elemento indígena. Allí ejercía su influencia absorbente la Compañía de Jesús y las órdenes Seráfica de Predicadores y Mercedarios. Estas disputaron a la primera la grandiosidad y lucimiento de las ceremonias del culto, pero sin resultado, pues los jesuitas no sólo inclinaron en su favor el espíritu de las familias colonizadoras, sino que acentuaron su poderío con el desarrollo y afianzamiento de las misiones que les proporcionaron riquezas y los elementos consiguientes a su predominio.

El carácter de la religión en la Colonia, coincide con el que señala Julián Judez para la época de Carlos el Hechizado en España: «Los días más solemnes, bulliciosos y alegres del año, eran aquellos en que se conmemoraban los grandes misterios de la fe y, sin necesidad de ello, bendecíanse los campos, los vientos, los ríos y las aguas, sacábanse en procesión los cuerpos de los santos lo mismo en épocas de sequía que en época de apuro y hasta el Santísimo servía para apaciguar los tumultos populares...

Todo aquello que conducía a satisfacer una aspiración íntima o cumplir un fin material, virtualmente se confiaba a la intervención propicia de los santos. En los documentos de la época abundan las disposiciones virreinales ordenando misas y rogativas a San Martín, por ejemplo, patrono de Buenos Aires, para

que cesara la sequía que dejando pelados los campos concluía con los ganados. A San Sabino y San Bonifacio pedíase que librasen a las ciudades de las plagas de hormigas y ratones, y en los cultos particulares quien era devoto de la Virgen, quien de San Antonio, quien de San Ramón, etc. Las imágenes se encargaban a los conductores de carretas, a los negociantes en mulas, que hacían el viaje hasta el Perú, de donde procedían en mayor número las pinturas. Claro que a veces el obtener una tal obra de arte costaba, aparte de buena suma de dinero, muchos disgustos. Se menciona un San José, encargado a Charcas, que requirió tres años de gestiones.

Sin embargo, en el culto familiar no abundan las imágenes de San Ignacio, de Santo Domingo y de San Pedro Nolasco. Onelli encuentra que los mismos que tenían en sus manos el culto y las misiones, cuidaron de que la plebe no cometiera pecado de irreverencia con sus eminentes fundadores.

En las misiones se enseñó a los indios la pintura, la talla en madera, el vaciado, el arte de platería y de forja, trayendo de la Península maestros especiales.

Si en la pintura no se alcanzó a culminar, en el tallado en madera llegó a crearse un verdadero arte colonial, de acabada factura y de motivos delicados, dispuestos en combinaciones de indiscutible buen gusto.

R. ROMERO.



PUERTA DE UNA CAPILLA DE CATAMARCA. ES ARTE DE DECADENCIA.



«LA TUNANTEADA», CUADRO ENCONTRADO EN BOLIVIA. ES OBRA DE FINES DEL SIGLO XVIII.

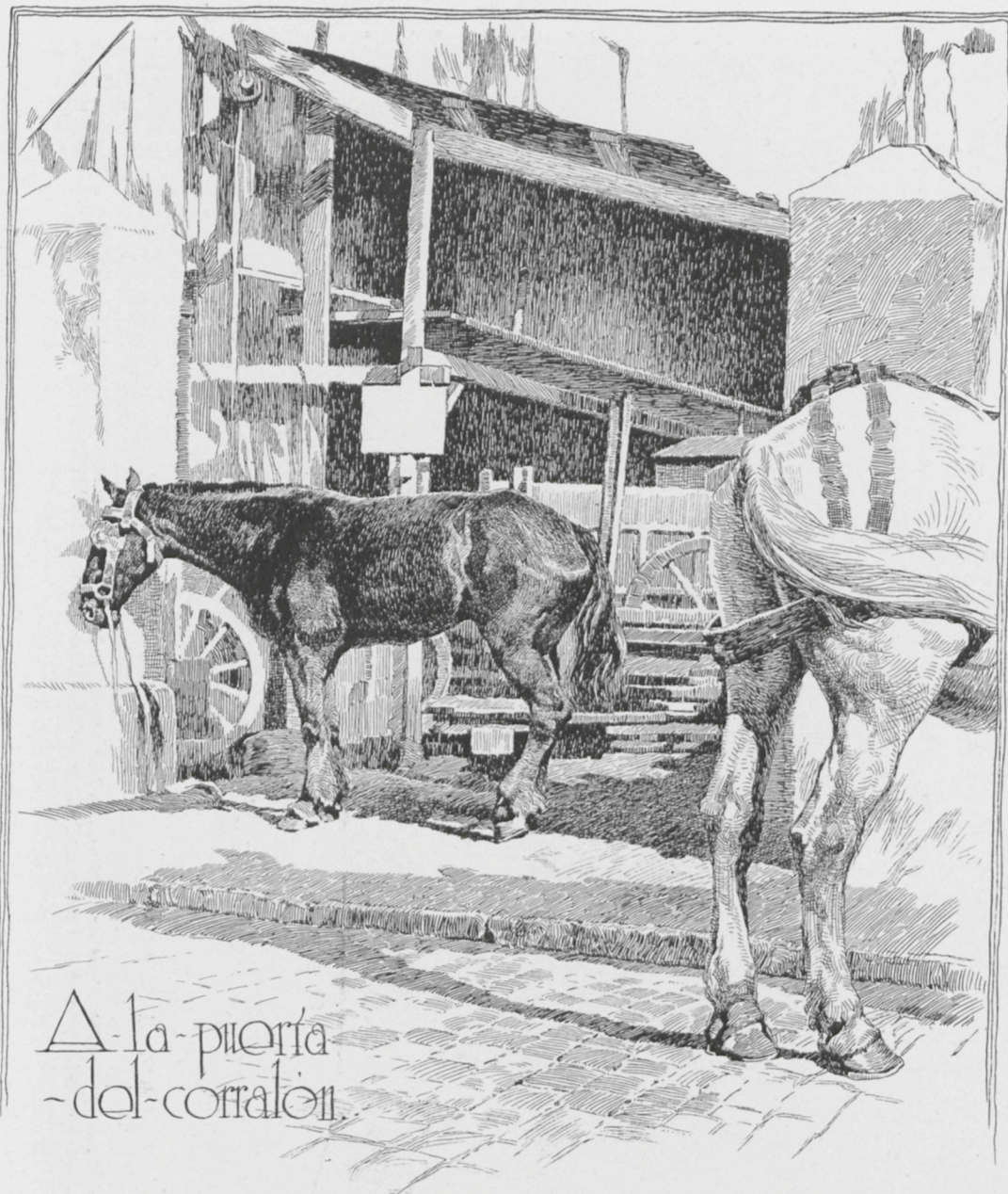


CABEZA DE SAN VARIO. ES DE AL VERDADERA OBRA PROCEDE DE PURMA

JUAN, DE UNCARGARROBO Y UNA DE ARTE CRIOLLO. MARCA, EN JUJUY.



EL CRISTO QUE PINTÓ EL DEMONIO, SEGÚN LA LEYENDA DE MALTA.



Todas las tardes hay dos caballos en la puerta de aquel conventillo equino. Todas las tardes vuelven sudorientos, cansinos, tristes; desgadamente comen su conserva de hierba, y, ávidamente, se hartan de agua. Luego reposan cabizbajos, mientras llega el instante de dormir rígidos sobre los cuatro remos.

Uno, el zaino, se parece más al «Pensador» que a Bucéfalo, el gallardo corcel de Alejandro. Tiene todo el empaque de un filósofo en esclavitud, dicho sea con perdón de la humana ciencia.

¡Pobre caballo cautivo, lo único que la fantasía puede hacer es compararte al misero cuerpo humano, atribuyéndote las cansadas penas y las inútiles cavilaciones del espíritu! Ya casi no relinchas; sólo jadeas y toses. Vas de rocín a ruin impulsado por el látigo y la sobrecarga.

Si naciste salvaje o en el campo, la ciudad será para ti un laberinto donde a la vuelta de cada esquina esperes verte libre. Si naciste esclavo en un corralón, Buenos Aires te parecerá una caverna tenebrosa.

Explica el vulgo tu mansedumbre afirmando que tienes ojos de aumento, que ves, en lugar de hombres, gigantes temibles como fantasmas. Esta particularidad, semejante a la que en las locas pupilas de don Quijote inspirara tantas aventuras, te sirve a ti de freno.

De ese modo, el vulgo, — que no sabe reconocer móviles elevados a las acciones racionales e irracionales, — explica tu nobleza, tu docilidad. No comprende que un ser musculoso rinda su fuerza ante otra fuerza insignificante al parecer: la astucia del hombre.

La injusticia, que escuece como un látigo, subleva tu corazón apacible, y entonces tienes manas rebeldías. Así de vez en cuando te niegas a proseguir la lenta y agobiante marcha. Así, tres veces huiste de la autoridad de tu dueño, trotando

sin arneses a lo largo de las rectas e interminables calles de tu presidio.

Ibas haciendo resonar el pavimento, creyéndote en plena libertad, cargando contra la esclavitud. Todo el barrio se convirtió en tu perseguidor: los niños te azuzaban, fingiendo detenerte. Tu carrera inspiraba temor; parecías un caballo salvaje, pobre rocín, un caballo loco. Tres veces huiste sin poder encontrar la salida del laberinto; tres veces te detuvieron ridículamente, pobre caballo de carga y tiro.

Sobre tu cuero está escrita la historia de tu vida: allí dejaron huellas dolorosas las correas del rudo arnés y del iracundo látigo. En tu carácter se infiltró el carácter del amo: cada una de tus mañas, cada uno de tus resabios, corresponde a cada una de las blasfemias que tu verdugo dice al castigarte. El egoísmo, el afán de lucro, la ira, han hecho de ti una máquina doliente que cruje y se arruina.

Resígnate, pobre caballo, pues nada menos que Virgilio lo aconsejaba, y en latín para mayor claridad, un día en que estuvo a punto de no recoger el pago de una adulación.

La anécdota es bastante conocida entre los cultos, aun por aquellos que no han intentado pasar el famoso puente tendido sobre el río del latín, el puente de los asnos, donde, a la parte de acá, hay un rótulo que dice: «musa, musae», y encima del arco un letrero que reza: «quis vel quid». La anécdota es, quizás, demasiado conocida, pero no en el mundo de los caballos.

Oyela:

Refiérese que Virgilio escribió anónimamente sobre un muro del palacio imperial de Augusto dos versos en que comparaba a este señor del mundo romano con el mismísimo Júpiter. Ambos versos halagaron la vanidad de Augusto y su buen gusto; e orgullo del emperador y el exquisito oído

del latino se satisfacían repitiéndolos. Preguntó quien era el artífice, y un poetaastro que se llamaba Batilo tuvo la desfachatez de atribuirse la difícil paternidad. Hizo bien, pues sin este intento de plagio nunca hubiera sucedido lo que sucedió, ni su propio nombre hubiera pasado a la historia aunque maldecido.

¡Ojalá todos los plagiarios sufrieran siempre una derrota tan manifiesta y los verdaderos poetas obtuviesen un triunfo tan señalado.

El inmenso poeta de las églogas, se aprestó a desenmascarar al osado. ¿Quién conoce el profundo abismo de los cerebros geniales? Tal vez se tratara de una trampa tendida por Virgilio a Batilo, una trampa de donde el vate inmortal obtuvo un triunfo premeditado. Sea lo que fuere, Virgilio volvió a escribir sobre el muro los dichos versos y debajo añadió:

*Hos ego versículos fecit, tulit alter honores.
Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...*

Traducidas esas palabras al castellano, significan: Yo hice esos versitos, otro se llevó los honores. Así vosotros no para vosotros; estas cinco últimas palabras repetidas tres veces.

Augusto pidió a Batilo que completase los cuatro últimos versos, rellenando con palabras rítmicas los puntos suspensivos. Batilo no «batió niente», como diría cualquier compadre.

Entonces Virgilio, completando la obra, los terminó así:

*Sic vos non vobis nidificatis, aves;
Sic vos non vobis vellera fertis, oves;
Sic vos non vobis mellificatis, apes;
Sic vos non vobis fertis aratra, boves.*

O como si dijéramos: así vosotras, no para vosotras, hacéis los nidos, aves; así vosotros, no para vosotros, lleváis vellones, carneros; así vosotras, no para vosotras, hacéis miel, abejas; así vosotros, no para vosotros, arrastráis el arado, bueyes.

De esta manera tan teatral, el futuro guía de Dante alcanzó una victoria literaria espléndida, dando al mundo al mismo tiempo una fórmula de inapreciable valor ético. Aquellos cuatro versículos latinos encierran un concepto moral superior que más bien parece evangélica que romana.

Virgilio, — ¡qué misterioso abismo es el cerebro genial! — había forjado una obra maestra en cuatro versos que nunca serán bastante glosados. En aquellas cuatro líneas encerró toda la amargura, todas las protestas, todas las íntimas resignaciones humanas y bestiales. ¿Qué felicidad, por millonaria que sea, escapa al hondo y sano pesimismo de esos versos, que en su inimitable concisión valen más y enseñan más que toda la «Eneida»? Pues la fantasía doliente es capaz de darles infinitas variantes, con sólo mudar algunas palabras, poniendo el vocablo «nos» en donde Virgilio dice «vos», y nuestros nombres y nuestras penas en aquellos puntos suspensivos que el vate relleno con los nombres y las no proferidas rebeldías de los pájaros, de las ovejas, de las abejas y de los bueyes. Pues todo lo reclaman

*Sic vos non vobis...
Sic vos non vobis...
Sic nos non vobis...
Sic nos non vobis...*

Así nosotros, no para vosotros; así vosotros, no para nosotros; así nosotros, no para vosotros; así nosotros, no para nosotros.

Ya quizás no me entiendas, pobre caballo. Así nosotros, no para vosotros, trabajamos. Ya quizás no me entiendan las aves constructoras de nidos, ni las ovejas de lanas pródigas, ni las industriosas abejas que labran el ajeno dulzor, ni los cansinos bueyes que abren los surcos. Así vosotros, no para nosotros os consumís en el fuego del trabajo.

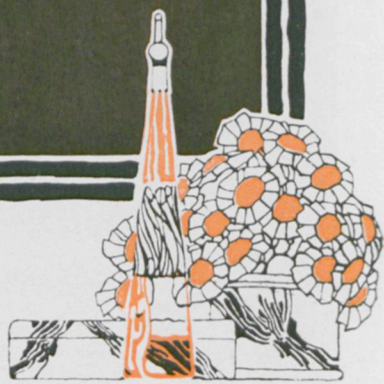
Ya quizás no nos entendamos nosotros mismos. Sic nos non nobis, pobre y esclavo rocín.

E. DEL SAZ.

DIBUJO DE MAYOL.



ta. **L**ola
Larguía





LA FUNDACIÓN DE BUENOS AIRES EN 1580

CUADRO DE DON JOSÉ MORENO CARBÓNERO, PROPIEDAD DE LA MUNICIPALIDAD.

MONOGRAMAS.



M. E. C.
MATÍAS E. CALANDRELLI.



Q. K.
Cuca.



J. M. O.
JUAN M. OROMÍ.



M. E. V.
MARÍA E. VILLANUEVA.



T. V.
TÓRTOLA VALENCIA.

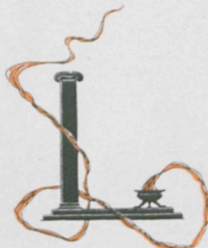


G. C. L.
CARLOS GUTIÉRREZ LARRETA.

No basta, en mi concepto, entrelazar o agrupar arbitrariamente — como frecuentemente sucede — las letras iniciales de un nombre para formar con ellas un monograma. Es menester obligarse a ciertas condiciones y, ante todo, a la razón de estética, haciendo obra de arte, si es posible.

Y ciñéndose estrictamente a la etimología del vocablo, todo monograma debiera estar formado por una sola letra, o bien por varias letras construidas por un solo trazo continuo; pero, en rigor, no puede exigirse esta condición extrema.

Yo creo que en todo monograma la letra dominante, la que se destaca, ya sea por el vigor de sus trazos, por su mayor magnitud o por su diferente coloración, debe ser la inicial del apellido, como puede verse en el



L. L.
LEOPOLDO LUGONES.

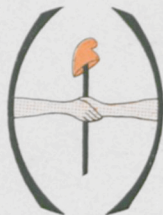
de Pedro Goyena, o bien la del apellido principal, si éste es compuesto, como en el de Carlos Gutiérrez Larreta. Enciertos casos, tratándose de monogramas de dibujo forzado y con líneas obligadas, no es posible mantener, para la feliz solución del dibujo propuesto, la supremacía de esa inicial como en el de Juan M. Oromí.

En el de María Esther Villanueva, si bien predomina la M — sacrificando la condición esencial al equilibrio del conjunto — obsérvese, en cambio, que las tres letras siguen el orden sucesivo de los nombres que ellas inician.

Considero pueril la exigencia de que un monograma sea de fácil lectura, siempre que las letras que lo forman no puedan ser confundidas con otras. Así, quizás, la G y la V del de Geneviève Vix no surjan con claridad, pero son indudablemente inconfundibles.

Y no sólo considero pueril esa exigencia sino que, llevada al extremo, me atrevería a tacharla de pernicioso, porque ella entraña en sí, fatal e inconscientemente, el peligro de caer con faldicia en lo vulgar. Justamente los monogramas de Cuca (Q. K.) y Daniel López Quesada fincan, a juicio mío, su valer en el misterio de sus jeroglíficas líneas.

Es mi opinión que el carácter femenino debe reflejarse con líneas delicadas que im-



H. I.
HIPÓLITO IRIGOYEN.

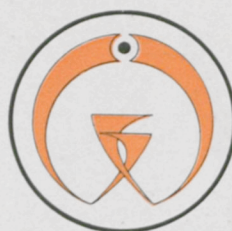
man al monograma algo de la gracia, de la suavidad, del encanto que hay en la mujer; mientras que el carácter masculino debe resaltar francamente por la fuerza, la sencillez o la virilidad de los rasgos. Así el de Carmen Cambaceres está inspirado en las finas y armoniosas curvas de un arábigo encaje y el de Matías E. Calandrelli en el poético pero severo enlace de una guarda griega.

Además de la diferenciación de ambos caracteres generales, creo que un monograma debe, en lo posible, estar inspirado en los gustos, inclinaciones o cualidades propias de la persona para quien haya sido dibujado, o en cualquier otro detalle que a ella se refiera. Por ejemplo, el monograma del señor Presidente de la República, don Hipólito Irigoyen, encuentra en el escudo argentino un admirable motivo para su realización;



J. I. G.
JOSÉ IGNACIO GARMENDIA.

el del general José Ignacio Garmendia es austero, de líneas sobrias y sencillas, pero no rígidas — al contrario suavizándose en curvas terminales — propio de un militar que sabe aunar en amable comunión las armas y las letras; al de Leopoldo Lugones — el poeta fuerte, sensitivo y fecundo — lo caracteriza la columna jónica, toda serenidad, toda belleza, y un vaso en el que arde el fuego eterno de la divina inspiración; el de Manuel Mayol — padre espiritual de tantos artistas, artista él mismo, todo corazón — lo forma un doble corazón: para el hombre y para el arte; los originales diseños de los indios calchaquíes nos dan tema para el de Dardo Rocha, tan dado a coleccionar curiosidades artísticas; el Emir Emín Arslán — quizás el más alto exponente entre nosotros de la cultura otomana — tiene su monograma de medias lunas, emblema de su lejana patria; en el de Tórtola Valencia — la maja arrogante y bravia, la intérprete danzante de Peer Gynt de Grieg — hay una mujer con ojos rojos de misterio, y en el de Alejandro Sirio, el dibujante *pato*, se perfila un pato, pero un pato con las alas tendidas en pos de un quimérico ideal.



G. V.
GENEVIÈVE VIX.



A. S.
ALEJANDRO SIRIO.

NICANOR R. NEWTON.
DIBUJOS DEL MISMO



C. C.
CARMEN CAMBACERES.



D. L. Q.
DANIEL LÓPEZ QUESADA.



E. E. A.
EMIR EMÍN ARSLÁN.



D. R.
DARDO ROCHA.



M. M.
MANUEL MAYOL.



P. G.
PEDRO GOYENA.

NO
HAY MÁS
VERDAD
QUE
EL AMOR

JOSE
MARTINEZ
JEREZ

DE
Friedrich



Había una vez en tierra de cristianos, que no hay para qué decir, una joven, Clara de nombre, pero no más que de linaje y hermosura, pues si de lo uno le sobraba para no serlo poco, de lo otro éralo tanto que cuantos la veían quedábanse al punto prendados de sus prendas, afanosos de merecerlas y tristes de no poderlo conseguir, pues era tan recatada y vergonzosa que ni respuesta daba a varón que no fuese su padre o alguno de los más allegados amigos de la casa.

Lo que era timidez dióse en tomar por soberbia y vanagloria, con lo que nadie osaba decirle lo que a muchos costaba grandes trabajos callar, pero seguros o temerosos del fracaso poníanse silencio en la boca y sorbina en el corazón para acallar las tumultuosas expansiones de aquélla y éste, en su afán de librarse a su apasionado albedrío. Creció con ello el número de los tristes en la ciudad donde ocurrió este peregrino suceso y como de tristeza a poesía no va sino lo que de la noche a la mañana, que es encenderse en las más oscuras entrañas el triunfo luminoso de una aurora, hiciéronse versos a la deshilada, chirles los más, bien compuestos los menos, llorosos todos y en ninguno omitido el nombre de quien llamándose Clara, obscurecía la voluntad para cuanto no fuese desear la luz azul de sus lindos ojos.

De muy antiguo se tiene que al contrario de lo usual en la vida, donde los licenciados o ejecutantes de una profesión o industria son los que más arte y provecho sacan de ella, en la del amor el ser poeta vale decir torpe y desafortunado con las mujeres, pues de tanto alabarlas y enaltecerlas, pierdenlas de vista quienes sólo de este sentido las tuvieron, cambianles su naturaleza y gustos por otros de pura fantasía y ellas, fatigadas de tanto elogio que no paran sino en otros nuevos y no atreviéndose a bajar del pedestal que las encumbra por temor de perder en amorosos menesteres la devoción que tan de gratuito se les diera, apártanse de los cuitados a favor de quien más las comprenda y mejor las ame.

Así fué que la hermosa Clara se alejó del senado de los poetas donde era dardo su mirada, veneno su sonrisa, filtro su palabra, abismo su silencio y otros tan peligrosos elementos sus demás partes, gestos y actitudes que en verdad no sabía si era angel o demonio, pues la belleza que le cantaban hartó al estricote se la traían.

Aficionóse, en esto, de un bien parecido joven de la ciudad que no curaba de decimas ni de sonetos, antes era enemigo de tales sutilezas y no creía sino en vistas y bien claras, tal vez a causa de haber viajado mucho por asuntos del gran comercio que su padre poseía. Llamábase el afortunado, Jorge, era primogénito y benjamín, había estudiado poco, corrido bastante y a los veinticinco años buscó ese remanso apacible donde gustan sosegar las aguas turbulentas y que en la vida civil se llama matrimonio.

No escapó a su perspicacia la belleza de Clara, pero íbanse el deseo en temores y la intención en conjeturas, pensando si como era aquella tan notoria y famosa, no habría primero gran dificultad en enamorarla y mayor zozobra luego en retenerla, cuando eran tantos y tan porfiados en requerirla, pero pronto quedóse sólo con la zozobra, pues a los pocos días de sus cavilaciones le deparó la suerte un suceso feliz después del cual hubiera podido discutir, con los entristecidos portaliras, que no eran dardos sino mieles y del más dulce Himeto lo que en sus miradas tenía quien desde aquel momento ocupó en el corazón de Jorge hasta los más ocultos intersticios.

Aconteció que una mañana, de las dichas preliminares, hubo de presentarse con su doncella en el comercio del mozo, la mismísima Clara en persona, un poco enojada y vibrante por no haber podido conseguir en otras tiendas cierta pluma de las que siendo de ave suelen decirse de sombrero, de la que estaba ella encaprichada, más por haberla envidiado en el de persona que se preciaba de ser única poseedora del interesante ornato, que por lo bello o raro que tuviera. No la había tampoco en el establecimiento de Jorge y fué dura contrariedad para ambos, perdida en ella la esperanza de obtenerla y viéndose él privado de procurarla una oportuna complacencia. Hombre avisado, no quiso prometer lo que ignoraba si podría cumplir, mostrando tal pesar que al ver la joven compartido tan sincera y profundamente su desencanto, dióle muy gentilmente las gracias y con ellas la mano, después de ver el revuelto maremágnum promovido por la sola causa de su deseo. Agradeció él las unas, estrechó la otra y acompañó a la visitante hasta la puerta con todo extremo de reverencias y galanuras de que ella pareció muy satisfecha.

Hubiese estado la anhelada pluma en la cola de la más alipotente ave de la laguna Estinfálida y no escapara a las manos de Jorge, con ser tan poco dado a las mitologías. No importa cómo, pero él después de cierto viaje regresó a la ciudad con algo que era maravilla de todos y más lo fué de la sorprendida Clara que vió colmado su capricho con la más brillante realidad de la más extraordinaria leyenda. Cierta que vió pagado el mozo su feliz esfuerzo con moneda mejor que la por él rechazada al serle ofrecida, pues ya no mieles sino la propia alma de Clara se asomó a sus ojos para mirarle y agradecerle, aunque sólo consiguió turbarle, pero con tan apaciguada y armoniosa conmoción como si todo él se hubiese vuelto ojos y los ojos mirada y la mirada sueño.

Quedó así concertado el amoroso contrapunto y de entonces a poco siguiéronse mil divertidas peripecias para hurtar palabras a la severa vigilancia de los padres y al estrecho cerco de la curiosidad murmuradora, acaso ésta de mayor peligro y cuidado, porque el rigor en manos familiares nunca pierda su amago de caricia.

Íbanse los días en tales amorosos ejer-

cicios como agua por declive, ocupando sus horas de ausencia en el gustoso paladeo de un recuerdo grato o de una feliz aspiración, que nunca faltan ideales dulcedumbres a quien tiene su vida tan voluntariamente enajenada. Menudeábanse las misivas muy en sazón de conceptos y palabras, rondaba él la doméstica prisión de su adorada cautiva, mirábale ella siempre como si cada vez fuese la última que hubiera de hacerlo, y entre penas y dichas, ansias y logros, habían tejido esa maraña inextricable de las que pocas veces salen quienes hilando, hilando, se enredan en ella.

Pero el diablo anda suelto por el mundo, sin otro menester que amargar alegrías, apagar luces, corcovar equilibrios y zambullirse en las claras linfas de la vida con su alboroto y podredumbre para poner espanto y escrúpulo donde él advierta una serena y deleitosa fruición. Válese en su ruin oficio de toda casta de criaturas, aun las irracionales, y de cosas, y es opinión de muy verdaderas autoridades la imposibilidad de resistirle cuando se nos entra por el alma inspirándonos sus perversos designios. No pocos creen que prefiere la encarnación femenina por más débil y sencilla de dominar, aunque es más sensato suponer que si así lo hace, como parece cierto, no es por la dicha causa sino por la más razonable de que como discreto gusta del mejor arrimo y se va a lo dulce, y hace bien, que por eso es diablo.

Sea como quiera, ello es que lo hizo y por manera afortunada, pues eran de ver la desazón y quebranto de Jorge, su mirada llena de recelo cuando le dejaba espacio la ira, sus noches desveladas y la furia con que se removía los cabellos como si fueran los verdugos de su tortura y el remedio estuviere en quitárselos de sobre sí.

La causa de tanta pena no podía estar más que en quien lo había sido de su pasado contento y así era, pues entre las quejumbres de su cuita nombraba el triste a su amada con una voz moribunda que arrancara lágrimas a quien no tuviese el corazón demasiado llano para la burla. Pero ya es tiempo que se diga el por qué de aquel infortunio y se haga justicia a la que el desesperado llamaba liviana y tornadiza, cuando sólo él lo era al creer a quienes le dijeron que la conducta de la que él tenía por Clara no había sido siempre, sino espesa y turbia, según veraces testimonios de alguno y aún algunos que usufructuaron el beneficio.

La calumniosa especie, nacida del despecho de los desafortunados y de su celosa envidia por la singular suerte de Jorge, prendió en su corazón la dolorosa raigambre del recelo, pero como su amor era mucho y muy aparente la pureza de Clara, trabóse en el sin ventura una feroz contienda de pasiones y sólo después de muchas fiebres, cavilaciones y desasosiegos halló lo que entendía eficaz para acabar sus dudas y que era someter a prueba el recato de la joven por ver si lograba franquicias por los modos que le habían jurado usuales para obtenerlas. ¡Pobre siempre el humano corazón acobardado por tantas pesadumbres que apenas fía de las dichas logradas, pero se entrega incontinenti al dolor de cualquier zozobra!

Tan contristado y cariacontecido andaba Jorge, que no necesitaba sino abrir las esclusas de la sinceridad para mostrar las abundantes aguas de sus penas, lo que servía lindamente a su propósito, mudando sólo la verdad del engaño de que partían por la mentira de la realidad en que paraban. No menos triste Clara, pensó si aquel quebranto sería desamor de quien, por haberle dado tanta alegría no le quedase sino el pesar de verse sin ninguna, pero al considerar que más del doble había hecho ella con la propia, lo entendió como no estimada, siguiendo de ello que otra habría que por ser mayor hiciese menos apreciable la suya. Andaban ambos en tales fatigosas agudezas, cuando Jorge creyó llegada la sazón de su aventurado experimento y así dióle un día, entre enojado y disipiente, haber notado cómo declinaba el amor de Clara, que no parecía sino que hubiese dado en tierra con todo él después de puesto por las nubes. Simuló desdenes sufridos, olvidos conternados y una muy sigilosa caterva de sinrazones que habíanle dado la certeza de no ser ya ni medianamente soportado cuando aspiraba a ser soberanamente preferido.

Oíalo la joven, apenas entendiendo las querellas pero sí el dolor que fluía entre los luctuosos desatinos, juró no haberle amado nunca más ni menos que siempre y advirtiéndole que pues a él le parecía disminuido el amor de ella sin que en realidad hubiese éste cambiado su magnitud, mirase bien no fuera alejamiento y desvío del propio observador como ocurre con las cosas materiales que siendo las mismas y sólo nosotros los mudados, vemos de cerca enorme montaña lo que a la distancia nos parece luego minúscula colina.

Contestó él, replicó ella, y a vuelta de muchos circunloquios y donosuras en los que a punto estuvo Jorge de dar al traste con su aguja de navegar, muy puesto en la gravedad del trance que lo traía, aseguró no

saber de buenas razones y necesitar para el sosiego de su espíritu una prueba de aquel gran amor que se le aseguraba. Ofrecióse de grado Clara a hacer cuanto al alcance se hallara de su buen deseo que no era otro que amarle y verse amada, a lo que el obcecado le repuso que para que tal ocurriera debía acudir ella en cierta pálida hora de la tarde a una alameda ribereña de la ciudad y sin más compañía que su sombra, si la hubiere. Allí la esperaría y en viéndola todo lo demás sería tornarse rápidamente a sus respectivos lares, pues no era otra su intención que convencerse por tal modo de la confianza que en él tuviera y apenas terminado de decir esto y antes de que el asombro dejase a Clara pensar lo que acaso no hubiese podido decir, marchóse con muy gran diligencia, jurando ser para siempre si no cumplía el compromiso.

No era lo dicho el designio de Jorge, tan empeñado estaba en las ruines calumnias que como verdades le dieron, sino que había propuesto disfrutar cuanto pudiese de la cita para no ser menos que quienes, con no haber dado a la ingrata tanto, consiguieron cuanto se les antojara pedir. Seguro estaba de que ella iría, si era cierto lo que por tal le habían fiado y lo dispuso todo para no pecar por mengua y obsecar las brillantes victorias de sus antecesores.

Virtuosa y confiada Clara y habiéndose repuesto del primer sobresalto, no alcanzó a vislumbrar la injuriosa sospecha de su amado, ni el peligro que la esperaba, aunque sí tuvo que buscar en el mismo meollo de su amor y en la más templada fibra de su voluntad, la fuerza necesaria para vencer la inercia enorme con que la timidez del pudor la retenía. Pasó en esta difícil pugna de uno a otro extremo sin resolver en cual quedarse; corrían las horas más que sus pensamientos y cuando llegaba la de la cita, ni había podido consultar a persona que pudiese aconsejarla. Decidióse al cabo por la ida, salió de su casa y echóse a andar a toda prisa, pues ya empezaban a mermarle sus luces a la tarde.

Breves pasos hubo avanzado cuando una mano la detuvo y una voz le preguntó la causa de su apuro. No supo qué contestar a su amiga María Elena, cuyas eran la mano y la voz dichas y quedóse perpleja y disyuntiva, sin querer decir la verdad pero sin acertar tampoco con un engaño discreto. El enojo de la sorpresa y el temor del descubrimiento azoraron a Clara al extremo de disgregarle voluntad y pensamiento en forma que no los podía concertar y hubiese concluido por derretirse en lágrimas, que es como se deshacen las mujeres cuando no saben qué hacer, de no haber sido parlera la amiga y diligente en invitarla a cierto acristianamiento a donde iba con la doncella que la acompañaba. No estaba Clara para librar a nadie de pecados más que para que la sacaran de los suyos y ya quería mandar a María Elena con el que los sembró por el mundo, cuando pensó el peligro de que se supiese su solitaria salida que nunca antes había hecho o verse espiada en lo que tenía determinado hacer y así dejóse llevar y hablar y reír, sintiendo torturado su corazón al considerar que pues no acudía a la cita, Jorge cumpliría su promesa y acabaría en desesperado abandono lo que había soñado venturoso idilio.

Mala tarde y no mejor noche pasó Clara y muy felices Jorge, pues mientras ella estaba segura de haber perdido su amor para siempre, él volvía sobre sus necias dudas y visto que Clara no había ido juzgó que era porque nunca lo había hecho, ni lo podía hacer de puro honesta y recatada, con lo que se arrepintió muy verdaderamente de la prueba, temiendo ahora el enojo de quien no tenía sino pena y desconsuelo.

Así andaban alejados uno y otro de la verdad de sus corazones cuando Jorge supo no hallarse Clara más enojada que enferma, por lo que le escribió una extensa y bien razonada carta pidiéndole disculpas por la osadía de la cita y por el mal pensamiento que la había inspirado, pero no diciéndole el propósito que había tenido ni las causas ciertas de sus torpes dudas y jurando, en fin, no volver a poner en tela de juicio, que es como tela de Penélope, el amor de quien había enfermado de sobresalto al solo pensamiento de una insignificante osadía. Quedóse Clara, en leyéndola, suspensa y turbada, no alcanzando a creer el peligro de que sin querer se había librado, ni la ventura que sin esperarla se le había venido, pero como el corazón es navío que siempre está al paio de toda ventolera y más si él es femenino y ella de bonanza, se le hincharon las velas, largó amarras y dióse al agua azul de la ilusión como si no hubiera mares de tormenta.

Apresuraron la boda, celebróse luego con todo linaje de alegrías y quedaron calladas los secretos, mentidos los embustes, burladas las verdades engañosas y sólo cierta la del gran amor que, malgrado asechanzas y flaquezas, siempre se tuvieron los personajes de esta historia, la que como verdad no fío porque no deje de ser única la del título con que os la cuento.

...Trató de sonreírse, pero no pudo. Le temblaban los labios y se había puesto pálido como la faz de la luna que les espiaba a través del follaje. Al verle así, todos, aún aquellos mismos que al principio se habían reído, se quedaron silenciosos y mustios. Ella, la culpable, con los rasgos faciales endurecidos por la emoción, fijó sus grandes ojos oscuros en un objeto cualquiera y se quedó también en silencio.

Transcurrieron dos minutos mortales. Ni la pobre madre, a pesar de sus visibles y reiterados esfuerzos, ni aquel Pedro, tan ocurente y tan despierto y tan ladino otras veces, ni el propio don Pablo, con toda su experiencia, su seriedad y su aplomo, hallaron en el momento la salvadora inspiración oportuna. No supieron por donde empezar ni qué decir tan siquiera.

Al cabo se levantó el joven. Era un arrogante mocetón de treinta años, alto, pelinegro; con una cara fina de rasgos cansados.

Sacudióse por instinto las «rodilleras» de sus «breeches» de kaki, y sonrió en una mueca que hizo brillar sus dientes a la luz de la luna.

—Con el permiso de ustedes, — dijo — ¡muy buenas noches!

En el grupo hubo un estremecimiento de sorpresa y de malestar indefinible.

—¿Se va?

—Sí, señora; dispenseme usted. ¡No se molesten! — Y tornando a saludar con una breve inclinación de cabeza, ceñudo y pálido, el joven tomó su sombrero y se alejó lentamente a través del patio de la Estancia, haciendo crujir la suela nueva de sus correctas polainas amarillas. Caminaba como un autómatas, y su sombrero «Bronclair» con cinta negra, aparecía casi blanco bajo la intensa luz de la luna... Después, se oyó un rumor de galopey todo quedó en silencio.

—¿Has visto lo que has hecho?

—¿Se puso blanco como un difunto!

—¿Y cómo no? Decime vos, ¿esa es la educación que te hemos dado? ¡Atrevídate! ¡Guaranguita!

—¿Pero qué le he dicho yo al fin?

—Caramba, ¡nada le has dicho!

—Le dijo: «bagual», ¿qué bagual?

—¡No!

—¿Cómo? ¿Qué no? ¿A que vas a negarlo ahora?

—¡Yo no niego nada! — Y la niña, en su ofuscación de chica mal criada y voluntariosa, torna a guardar silencio, e inclinando la cabeza sobre las rodillas, hunde nerviosamente sus dedos en la sedosa maraña de su cabellera retinta.

La madre, despechada, insiste:

—¡No sé cómo no te da vergüenza! ¿Así pagas los sacrificios que hemos hecho por educarte, por hacerte gente? ¿Piensas acaso en lo que ese mozo va a decir ahora de ti y de todos nosotros?

—¡Qué me importa!

Pedro interviene con su natural bonhomía:

—¡Vamos! Me parece que no es para tanto... ¿Al fin y al cabo qué le ha dicho la chica? «¿Bagual?» ¡Qué bagual! Vaya un insulto...

—No; ¡no es nada! Para vos no será...

—¡Y qué va a ser! ¿No nos estamos diciendo nosotros cosas peores todos los días, por broma y cuantimás enojados? Si Manuelita le dijo «bagual» fué porque le dió rabia...

—Mentis; yo no le dije eso...

—Bueno; lo que le haigas dicho... La cuestión es que el hombre se ha enojado por una pavada...

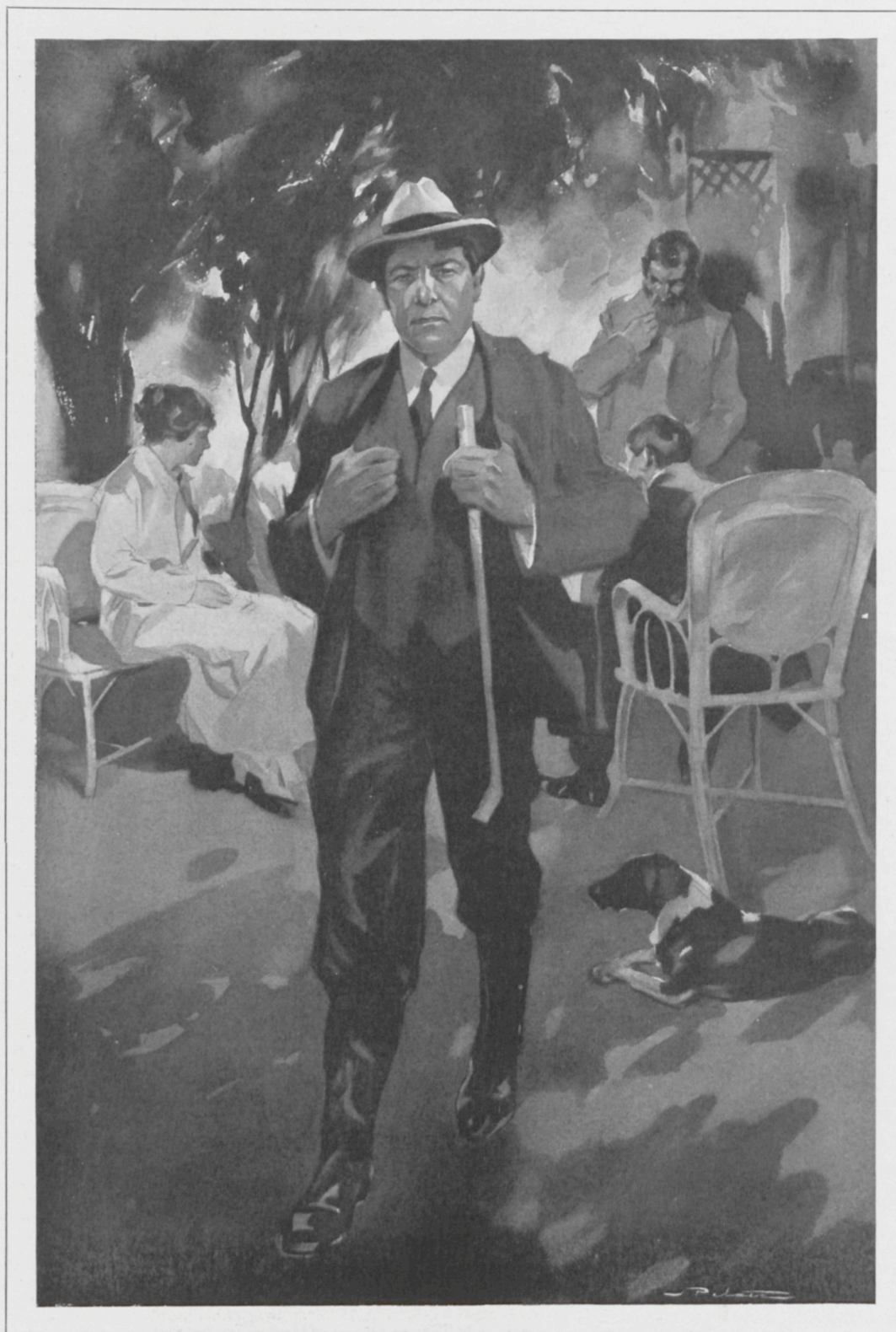
—¿Te parece pavada? Para vos, que tenés una sangre de pato, todas son pavadas...

—¡Y cómo no, señora! Yo creo que ningún hombre grande, a menos que sea un necio o un chiflao, se puede enojar con una mujer, y sobre todo con la mujer a

El Bagual

POR BENITO LYNCH

DIBUJO DE PELAEZ



quien distingue, por una broma semejante.

—No fué broma... ¡Vaya una broma!

—Y aunque no haiga sido. ¡Ja ja! con el nene, tanto remilgo y tanta milonga! Mire, señora, ¿quiere que le diga una cosa? A mí este mozo siempre me pareció medio raro... Muy bueno, muy ilustrao, todo lo que ustedes quieran, pero también bastante, ¿cómo diré?, bastante lunático, bastante neurasténico... Te lo he dicho más de una vez a vos, Pantaleón.

—Es verdad. ¿Te acordarás cuando le pegó el rebencazo a Santos Ponce en la pulpería?

—¡Ahí tienen! ¡Figúrense que le pegó un

rebencazo a Santos Ponce, porque Santos Ponce, que estaba como de costumbre medio alumbrao, le cortó la cola a un perro por hacerse el gracioso!

—Es verdad.

—¿Y los zorrinos? ¿Te acordás, Pantaleón, del caso de los zorrinos? Figúrese, señora, que un día se cayeron dos zorrinos en un pozo que habían cavao allá en la Estancia Grande para sacar arena...

—Un pozo seco...

—Sí; pero tan hondo que ni los perros pudieron entrar para matarlos, ni los bichos salirse en la perra vida. Estaban condenados, de consiguiente, a morir de ham-

bre y de sed... Bueno; ¿creenán ustedes que ese hombre grande estuvo como quince días echándose agua y comida pa que no se muriesen?

—Y después, ¿lo de «La Garrita»?

—¡Ah, es verdad! Usted sabe, señora; todos ustedes saben quién es «La Garrita». Bueno; el amigo tuvo también una pelotera por la «La Garrita»...

—¡Por «La Garrita»!

—No quería que el viejo Gómez...

—Calláte; dejáme contar... «La Garrita» cayó a la estancia una tarde que llovía, y, como es natural, el viejo don Cosme mandó que la echaran, como se echa de todas partes, y vieran la pelotera que armó el hombre con este motivo! Dijo que una mujer era al fin una mujer, que parecía imposible que gentes civilizadas le negaran asilo a una mujer, que una mujer por más arrastrada que fuera debía siempre inspirar consideración a los hombres, y repitiendo «mujer» y «mujer», con ese modo de decir «mujer» que tiene que no parece sino que se la estuviese tragando, acabó por decirles barbaridades a todos y por declarar trágicamente que si no albergaban aquella noche a la señora «Garrita», él se mandaba mudar de la Estancia.

—¿Y?

—Y ya saben ustedes; el viejo, que al igual de los muchachos tiene una chifladura por él, concluyó por hacerle el gusto, y «La Garrita» durmió en el galpón y en buena cama, porque sino estoy seguro que le hubiera ofertao la suya. ¡Es loco!

—Sí, todo ese está muy bueno; pero la cuestión es que nos hemos lucido, que se ha lucido mi hijita...

—Si ahora yo voy a tener la culpa, ¿verdad?

—¿Y entonces quién? No; lo que hay, hija, es que vos te figuras que todo el mundo te va a aguantar como te aguantamos nosotros; que todos son Antofito o Pantaleón...

—¡Muchas gracias, señora!

—No; si es la verdad; esta chica es incorregible siempre le digo, se lo he dicho mil veces. Ese carácter que tiene va a ser su perdición.

—¡Mejor! Y la moza, con la cabeza inclinada, el bello entrecejo contraído, tiene un alzamiento de hombros desdefioso y guarango.

—¿No ven? Ahí la tienen. ¡Es inútil! Ya está emperreada. ¡Ay! cuándo te corregirás, criatura!

Don Pablo, hasta entonces callado, destacóse en la sombra que proyectan sobre el grupo los tupidos aromos. La lumbre roja de su cigarro parpadea tres veces en lo obscuro, como una señal nocturna, como un atisbo felino. Todos se vuelven para mirarle. El viejo acaricia un momento, con mano temblorosa, su barba tordilla. Después pregunta, incisivo y burlón:

—¿Han hablado ya todos?

Y como le responde un silencio arrepentido y sumiso, habla a su vez sentencioso. Su voz lenta y grave al principio, se aviva irritada al final de las frases.

—No negaré — dice — que la chica haiga estao mal. Al fin y al cabo ella no tenía tanta confianza con él como para tomarse esa libertad.

Hay cosas que sólo deben decirse en familia, es decir, entre los que saben guardarse las debidas consideraciones...

—¿No ves? Eso es lo que yo te digo...

Un movimiento autoritario de la mano del viejo corta la frase:

—... Hay cosas, como decía, que no pueden decirse sino a los íntimos, a los iguales, a los que piensan como nosotros y usted, hijita, — ya se lo observé en otra ocasión, — le daba demasiadas confianzas a ese mozo, que al fin no era para usted, como para nosotros, más que un pasajero o una visita de cumplido... Ahí tiene el resultado... ¡Ahí tenés el resultado, vos, Estanislada, todos! Yo no creo que lo que la chica le ha dicho

lo haya ofendido realmente. Lo que hay es que ese, que como todos los que vienen de adentro...

— Pero, Pablo, fíjate que él no le dijo nada...

— ¡Usted se calla cuando yo hablo!... Decía que lo que hay es que ese, como todos los que vienen de adentro y se llaman A o B, está lleno de orgullo y ha querido hacernos una afrenta demostrándonos en lo poco que nos tiene. Para esa gente, mi pobre hijita, nosotros siempre seremos gauchos, siempre seremos chusma inorante y no han de perder la ocasión de echarnos en cara nuestros defectos. Lo que yo siento es haberme dejado enredar esta vez en las cuartas, con toda mi esperencia y haber consentido en una relación que me contrarió desde un principio.

La niña murmura en la sombra.

— ¿Qué?

— Que él no es como usted dice...

— Usted se calla ahora, lo que está dicho está dicho y la cosa no tiene compostura. A mis hijas no les enseña educación ningún extraño... Lo que siento es que no se le ocurra volver por la estancia a ese mocito...

— Pero, papá, usted le da una importancia...

— ¡Chist!, hijita; no quiero más alegaciones y deseo que no se mente más el asunto.

Y al hablar así, autoritario y rotundo, el patrón se incorpora con trabajo, y después de desperezarse en un gran bostezo, se dirige pausadamente hacia la casa... Unos tras otros, todos le imitan, hasta que al cabo, sólo queda allí, al reparo de los grandes aromos que platea la luna, la figura blanca de la niña, que con los ojos llenos de lágrimas y el entrecejo contraído, sigue escrutando dolorosamente el misterioso abismo de su espíritu.

A Manuelita «no le importa un pito» que se haya ido. ¡Mejor, mucho mejor! ¡Si se imagina que ella va a ir a rogarle, está bien fresco! «El señor» puede decirlo todo, ¿verdad?, y una nada, nada, cómo si fuera una sirvienta! ¡Estaba bien fresco!

Lo que hay es que ya se habrá cansado de ella y estará festejando a alguna otra estúpida; el sinvergüenza, el muy canalla, el bagual, sí, ¡bagual, bagual, bagual! Y se va el «señor»... ¡Ay, qué miedo, qué miedo le da eso a ella, a Manuelita tan luego, a la mimada de sus padres, de sus hermanos y de todo el mundo, a ella que siempre se rió a carcajadas de los hombres, de cuantos papanatas se le acercaron! No faltaba más. ¡No, señor! Y Manuelita se acuerda de aquellos «papanatas». Acaso ¿no les dijo siempre lo que se le dio la gana? Acaso ¿no le dijo cien veces «estúpido» al hijo de don Alejo, aquel gordo de la bombacha blanca, que la miraba siempre con ojos de carnero ahogado y que en la mesa no sabía adonde poner sus manazas erizadas de pelos rojos? Nunca se enojó, sin embargo. Y Telésforo Ibáñez... ¿No le dijo una vez a Telésforo Ibáñez, con toda su plata y todos sus brillantes, que se comprara un manual de urbanidad, en lugar de comprarse un automóvil? ¿Y acaso se enojó Ibáñez? Al contrario; se rió como todos. ¡Ah! pero al «señor», sí; ¡el señor es otra cosa!

Y Manuelita revive en su mente la silueta prestigiosa y gallarda: Cómo vino, cómo le conoció... Hace bien poco y sin embargo le parece que hiciera una eternidad. Juraría que le conoció antes de nacer, tan metido le tiene en su corazón y en su cerebro de veinte años. Fué una tarde de diciembre a la hora de entrarse el sol... ¡Qué se iba a imaginar ella! Tenía puesto el vestido de muselina rosa... Llegó, con los de Gómez, con los de la Estancia Grande... Le pareció un dios, al lado de ellos, al lado de todo el mundo... Si hasta por la manera de caminar y de dar la mano no se parecía a ninguno.

En los primeros días le tuvo miedo; le consideró como algo inaccesible, como algo demasiado alto para que se pudiera pensar en alcanzarlo. Después, poco a poco, se fué dejando enredar en las telas del encanto... Cuando de sobremesa, el joven se ponía a hablar absorbiendo la atención de todos con su charla amena y chacotona, ella aprovechaba para mirarle a su antojo, y más de una vez, los ojos avisados de aquél, la pillaron en «flagrante delito» haciéndola empurpurar de vergüenza...

Y luego, cuando se lo dijo... Cuando le declaró su amor en frases de atrevida e hipértolica vehemencia, que la avergonzaron y la enorgullecieron y la hicieron llorar de emoción y de alegría.

Y luego aún, todas las penas y todos los sinsabores y sobresaltos, ante el eterno temor de que se fuése como vino, de que se desvaneciese cualquier noche, como un sueño dorado, como una loca quimera, aquel hombre único, aquel ser de maravilla, que se cruzó en su camino por un azar de la suerte, y que sin embargo significa ya para ella mucho más que la vida.

Para Manuelita, es, no solamente el hombre más hermoso del mundo, sino que tam-

bién el más ilustrado y el más valiente y el más fuerte y el más elegante y el más capaz de todos.

Y no se fundan sobre arena las convicciones de Manuelita:

¿A quién se le preguntan, en la Estancia, las cosas que nadie sabe? ¡A él, sin duda alguna! ¿Cuál fué el único a quien no se le heló la sangre en las venas, cuando a la chica de Margarita se le prendió fuego el vestido, y quién se quemó las manos para apagarlo? ¡Fué él! ¿Quién es el único, entre todos los hombres de la casa y de las estancias vecinas, capaz de saltar con el caballo el cerco de la quinta? ¡El! ¿Quién sabe los cuentos más hermosos que se narran en las veladas? ¿Quién baila mejor el vals y el «fox-trot» y la «machicha»? ¡El! ¡Siempre él! «¡Toda la vida, él hasta morirse!» Y Manuelita, abstraída, cierra los ojos para fijar mejor en su retina la silueta adorada, cuando un sobresalto de pesadilla la estremece de pronto: Es el recuerdo de lo ocurrido, de la realidad espantosa, que como una tropa de sombras siniestras irrumpe de golpe en su cerebro y la estrecha la blanca garganta con una garra de angustia... Pero Manuelita reacciona. No, no es posible, — piensa — él me quiere, me quiere, y cuando se quiere de veras, se perdonan hasta las más graves ofensas... Porque, al fin y al cabo, ¿qué le dije yo? Una pavada: le dije «bagual»... Bueno; una grosería, una guarangada, convengo; pero también, ¿por qué se lo dije? ¡Ah! eso es; vamos a ver, ¿por qué se lo dije? ¡Caramba! se lo dije... Y la niña, con el entrecejo contraído por el esfuerzo mental, trata de reconstruir el infausto diálogo. De pronto, una nueva angustia le hace palpar violentamente el corazón. «Ah, ya sabe, ya se acuerda!» Hablaban del bautizo del chico de Rodríguez y de la fiesta. Ella le preguntó: — sin ninguna mala intención por cierto — «¿Usted irá, naturalmente? ¿Cómo no va ir?» El, sonriendo, repuso con otra pregunta: «¿Por qué?» Y ella contestó: «¡Por nada!» Entonces Pantaleón dijo: «¡Vaya, hombre, que va a ver la mar de muchachas...!» «Las de Rojas — agregó ella — vaya que estará su simpatía...» «¿Cómo mi simpatía?» «¡Sí, hombre! Pepita Rojas, todo el mundo lo dice...» El, entonces se quedó un momento

serio, y después dijo, riendo: «No haga caso, Manuelita, de lo que el mundo diga de mí, porque yo soy un hombre muy calumniado». Todos se rieron, y entonces ella, avergonzada porque le pareció que había hecho un papelón, o mejor dicho, porque la tiene entre ceja y ceja, a esa estúpida de Pepita Rojas desde que supo que gustaba de él, dijo: «¡Qué bagual!» y eso fué todo...

La llegada de la madre, inquieta, interrumpió a la niña en su mudo monólogo:

— ¡Manuelita!

— ¡Mamá!

— ¿Qué estás haciendo?

— ¡Nada!

— ¿Cómo? ¡Nada! ¿Qué hacés que no te vas a acostar? Ya son más de las doce.

— Ya voy.

La madre se acerca entonces y le pregunta confidencial y grave:

— ¿Y qué pensás hacer ahora?

— ¿Y yo qué sé?

— ¿Ya has oído lo que dijo tu padre?

¿Supongo que no te imaginarás que esto pueda componerse así no más? Ni ese mozo puede volver, ni nosotros admitirlo...

— ¡Y bueno!

Hay un breve compás de silencio. La madre da algunos pasos indecisos al claror de la luna. Su corazón adivina el drama, que ruge adentro y que sin embargo no deja traslucir el amor propio ofendido. Al cabo dice:

— Bueno, andá a acostarte. Ya hablaremos mañana. No te vaya a hacer mal el relente... Al fin y al cabo los hombres... los hombres... son todos así hija: Hoy con una, mañana con otra...

Manuelita tiene un respingo:

— ¿Por qué dice eso mamá? Diga, ¿por qué dice eso?

Y hay tal vehemencia en la voz de la moza y un fulgor tan extraño en sus ojos profundos, que la madre, sorprendida, no halla qué decir por lo pronto:

— ¡Pero hija!

— ¡Sí; ¿por qué dice eso? ¡Si usted sabe muy bien que no es cierto!

— Yo no digo que sea así, es un suponer...

Pero la niña, que se ha incorporado bruscamente y se dirige apresurada a su cuarto, no la oye ya, no quiere oírlo. Su enagua al-

midonada cruje al andar nervioso, y su madre la mira alejarse, meneando la cabeza.

Son las dos de la mañana y Manuelita sigue aún tejiendo pensamientos amargos al borde de su cama. Se conoce que ha sufrido y que ha llorado mucho, porque tiene los párpados enrojecidos y el peinado todo descompuesto.

Hay una honda tristeza en el ambiente familiar de su cuartito. Están tristes todos sus viejos compañeros de la niñez y la inocencia: El lecho, las cortinas, los espejos; la pálida imagen de la Virgen, que la mira desde hace veinte años desde la pared frontera, y hasta el pequeño reloj de bronce de la mesa de noche, parece que apresurase tristemente sus latidos... Y Manuelita ya no puede más... Ella no querría, no debería hacerlo, sin duda; pero no puede más y lo va a hacer... No es posible que por una cosa así, que por una pavada, se malogre el porvenir de una mujer, se desquicie una existencia joven, se derrumbe la vida... ¿Será una humillación? Pero al fin y al cabo quién tiene la culpa sino ella, y es justo que la pague... Por otra parte será a él a quien se humille, a él, cuya imagen se agranda en aquellos momentos y se sublimiza en su recuerdo como la imagen de un dios.

El tendrá que perdonarla; cómo no ha de perdonarla si la quiere, si es bueno, si es generoso... Al fin y al cabo lo que ella dijo, no lo dijo de corazón; lo dijo por costumbre, porque estaba enojada, porque es una bruta, una bruta... Y al llegar aquí en su monólogo, Manuelita vuelve a llorar amargamente, ocultando su cara enrojecida entre sus pálidas manos...

... ¿Y qué estará haciendo él ahora, allá en la Estancia? ¿Estará triste también? ¿Sospedará todo lo que ella está sufriendo y lo sentirá profundamente o no le importará nada?

Qué «lindo» sería tenerle ahora allí, cerquita, a su lado, y arrodillarse a sus pies, y besarle las manos y pedirle perdón una y mil veces, para que él entonces, con aquella sonrisa, tan buena y tan querida que le tuerce un poquito el labio superior, la levantara del suelo y estrechándola contra su corazón le dijese, entre besos: «¡No, por Dios! Mi reina, ¡que es usted la que tiene que perdonarme!...»

Manuelita se pasea agitada y nerviosa, en su blanco batón de muselina. Ya van a ser las seis y Antoñito no vuelve. Lo único que faltaría es que le hubiese ocurrido algún percance. Salió a las tres de la mañana. Ella miró muy bien el reloj al volver a su cuarto: Eran las tres en punto... Y la niña, aproximada por centésima vez su carita pálida y cansada a los cristales de la ventana que mira al campo, y... ¡nada, nada! Para peor se ha levantado una neblina que no deja ver más allá de los corrales. Se diría que hubiese llovido al ver como gotean rocío cristalino los hierros de la reja, las ramas de los árboles, los hilos del alambrado... Manuelita tiembla de ansiedad y de frío. Le parece que toda aquella niebla se le está filtrando en el corazón y en el cerebro... ¡Oh, si llegase Antoñito! Es su ahijado, el hijo de la cocinera, «el hombre» de toda su confianza, el único ser a quien, en realidad, pudo encomendarle aquel mensaje. La niña, en las alternativas de la espera angustiosa, se lo imagina, unas veces muerto, aplastado por su montura en la trampa de una vizcachera traidora, extraviado, otras veces, como un tonto, entre el mar de la niebla y por último en mitad del camino, agitado, sudoroso, taloneando incansable su petizo, para llegar cuanto antes y quitarle su enorme duda de encima...

Pero Antoñito no llega y la estancia comienza a despertarse ya y a poblarse de ruidos. Cantan los gallos, balan las ovejas, chirria la rueda del molino gigantesco, y allá, del lado de la cocina, se oye la voz agria de Margarita llamando las gallinas.

La niña se aparta de la ventana con paso vacilante y levantando los ojos aureolados por profundas ojeras, junta las manos exangües en un mudo ruego. De pronto resuena detrás de la casa, hueco y precipitado, el andar de un caballo. Manuelita se lanza otra vez a la ventana. Por la avenida de las acacias y entre cendales de niebla, llega Antoñito a gran galope de su petizo. La niña abre los cristales con manos temblorosas y torpes: «¡Chist, chist! Antoñito, acá estoy...»

La sangre le martillea las sienes y tiene que apoyarse en el alféizar para no caerse: «¡Acá, Antoñito, acá!»

El muchacho desmonta ágilmente en el linde del patio, y dejando el petizo con las riendas sueltas, se llega a la carrera. Viene en cabeza y con la cara infantil llena de risa.

— ¿Y? ¿Antoñito?...

— No estaba, niña; dicen los mozos que se fué pa Güenos Aires en el tren de la una...





Desde París

La Guerra en la Moda

Lo que mis ojos ven, es una verdadera demencia. Unid la aparatosa magnificencia de los trajes de corte vestidos por las damas europeas de la Edad Media, con el fasto, y la riqueza, y la arácnica sutilidad de los tejidos orientales más bellos, y de este maridaje habréis obtenido la moda actual.

Mi amiga me conduce al través de los salones de la modista de moda, removiendo tejidos, abriendo vitrinas, hojeando muestrarios...

«Observe usted — me dice — que volvemos a las antiguas sedas, espesas y recias: aquellas que nuestras abuelas elogiaban con esta frase gráfica: «se tienen de pie»... Volvemos a los rasos duros y brillantes, rebordados de oro y plata: rasos luminosos, que decimos ahora... El *poult*, la falla tornasol y el brocado, dieron al traste con los *taffetas* que fueron nuestra obsesión en los últimos años pasados.

«Los terciopelos de Lyon son también favoritos. Contemple, con la atención que merece, este terciopelo blanco, adornado con dibujos al estilo de los cachemires de la India, y dígame si puede haber nada más delicado y armonioso... Y estos terciopelos *mil rayas*... Y estos *chínés*... Y estos otros, incrustados de lentejuelas... Y estos otros, jaspeados... Y este, novedad del año, que hemos bautizado con el lindo nombre de *hirondine*, y que parece, en efecto, finísimo plumaje de golondrinas... Y estos dos, igualmente nuevos: la *ederella*, y la *ursina*, que imitan pieles, y que se emplean sobre todo, para galones y adornos...

«Mas vea que no son estas las solas creaciones del año: vea este raso *victoria*; vea este raso oro,



con aplicaciones de terciopelo blanco, cincelado; vea estos brocados oro vivo, con dibujos góticos en oro mate, perfilados con hilos de perlas brillantes, con lentejuela de plata o con azabache; vea este impalpable y precioso velo, tejido de oro y seda, maravilloso de luz y de reflejos: es la reproducción exacta de aquellos otros velos que hace miles de años tejían los egipcios para envolver las momias de sus princesas... Y ahora, vea este encaje *atrodita*, de gasa blanca labrada en dibujos rosa y malva, rebordados con hilo de metal...

«Dicen que nuestra industria está paralizada por la guerra... ¿Acaso recuerda usted que jamás, en ningún año de paz, se hayan creado para una sola temporada tantas y tan complejas y admirables novedades?»

Convengo en que, en efecto, nunca, ni aún en las épocas de mayor prosperidad, debió costar tan caro el vestir *decorosamente* a una mujer, como ha de costarlo ahora, en plena guerra y en pleno Apocalipsis... Fuerza es de la paradoja, en mi

sentir, pero mi amiga afirma que nada hay más natural ni más lógico, en tanto que para mi mayor y más completa edificación, desfilan ante nosotros, estatuarias, sonrientes y adorables, las *maniqués* de la casa vistiendo los «grandes modelos».

Mi amiga prosigue concienzudamente su curso de elegancias y me explica:

—Ese—una soberbia muchacha de Montmartre, vestida al estilo de Bretaña.— Ese es el nuevo *tailleur* que hizo furor, el *tailleur Penmark*: sarga azul, guarnecida de terciopelo negro; blusa amplia y corta; cuello redondo, imitando la capucha de las mantas bretonas... Bonito ¿no es cierto?

Pongo mis profanos ojos en las divinas perfecciones de la *maniqui*, y afirmo con la más sincera de las convicciones:

—¡Admirable!...

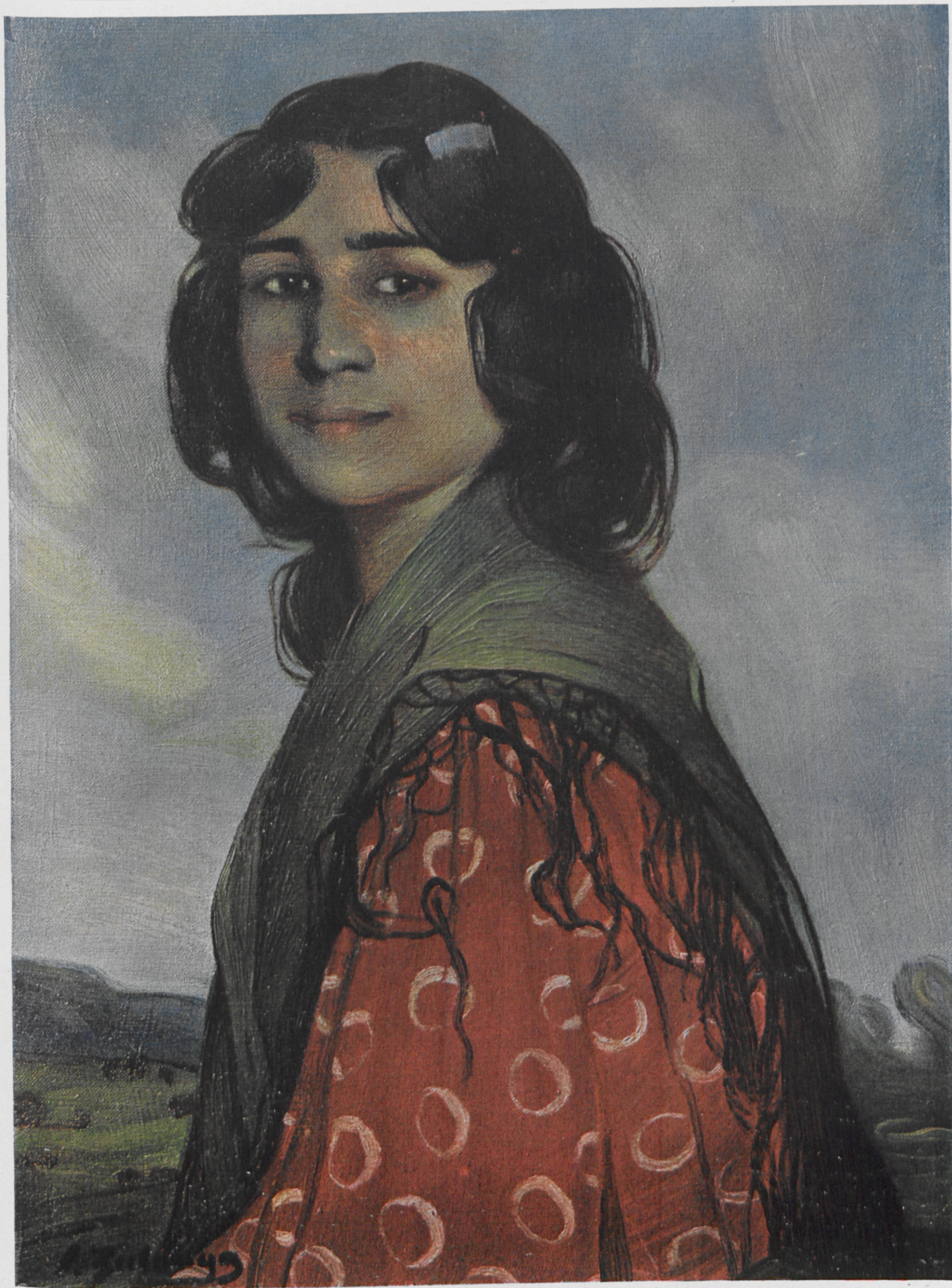
Otra *maniqui*: otra hermosa mujer y otro extraño y carnavalesco vestido.

—Este es el *tailleur «rumano»*: les debíamos este recuerdo a nuestros lejanos aliados... Este es el *tailleur «ruso»*, con *jaquette* de ante, y paramentos al modo de los *caftanes* moscovitas...

«Como ve, los abrigos de teatro son de brocado oro y cielo, con guarnición de armiño o de chinchilla. La piel cubre las dos terceras partes del abrigo. Es, en absoluto, el resurgimiento de la indumentaria femenina de la corte de Luis oncenno, pero con riqueza ignorada en aquellos tiempos... Hoy, la moda puede resumirse en esta fórmula: talles bajos, faldas largas y cuellos altos.»

ANTONIO G. DE LINARES.

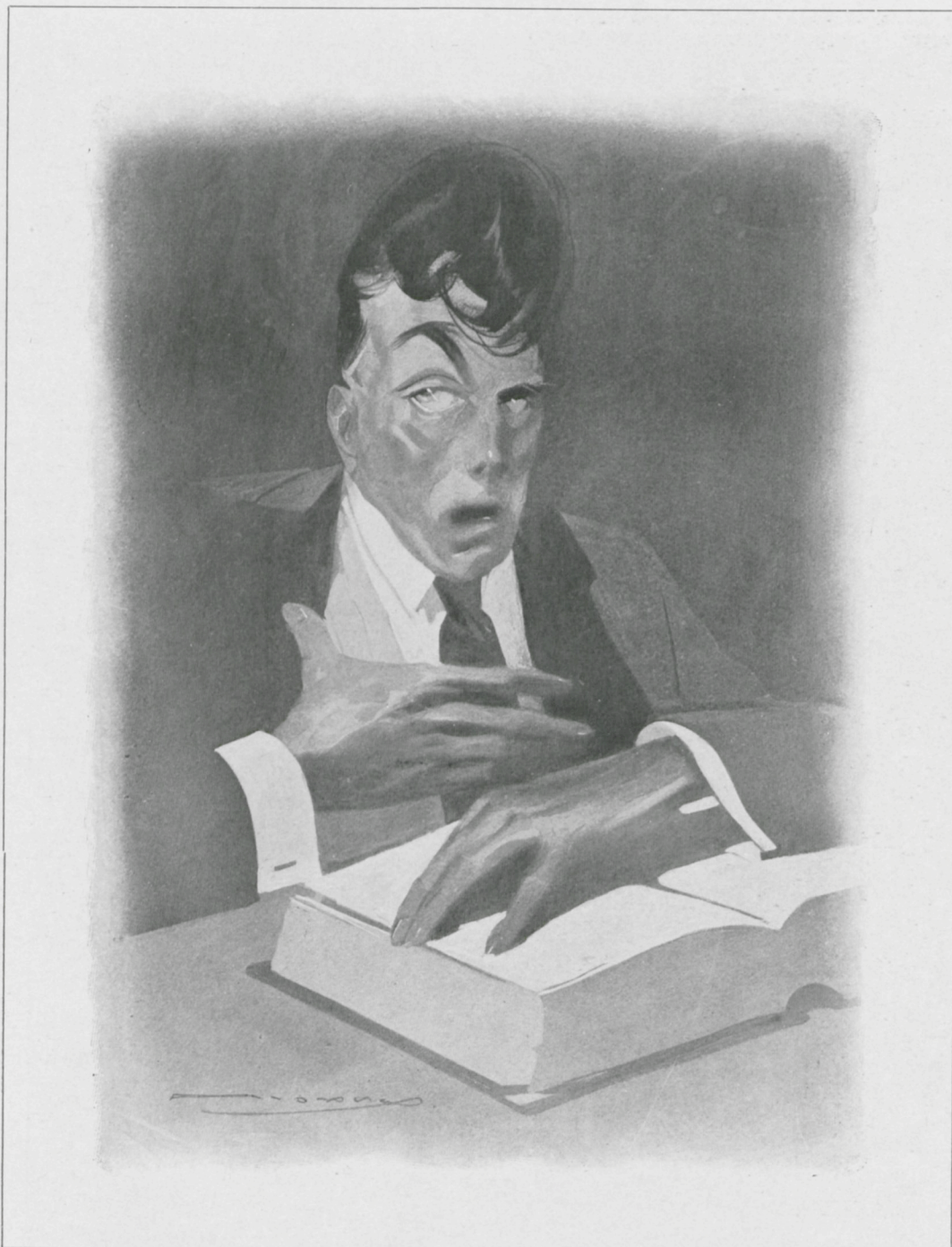




GITANA
ÓLEO DE ZULOAGA.

DE LA COLECCIÓN DEL SEÑOR REYLES.





¡EAA!

(SOBRE UN LIBRO QUE NO HE LEÍDO.)

Por ENRIQUE M. RUAS.

¿Ha leído usted *El hombre mediocre*, del doctor Ingenieros? No es más que una pregunta. Por mi parte, no lo he leído. Lo cual tampoco es más que no haberlo leído. Acaba ahora de salir a luz la tercera edición, y esto sólo sirve para recordarme impresiones que recogí cuando la primera y la segunda. Mis impresiones eran que todo lector se consideraba parte interesada.

No me decido a creer que el libro tenga nada que ver con nosotros. Es que somos aprensivos, y ha de pasar con la mediocridad lo mismo que con la tuberculosis. Si oímos hablar de tuberculosis, nos preguntamos si no estaremos tuberculosos. Nos decimos que no, que no lo estamos; pero, definitivamente, nos parece que estamos tuberculosos. Entonces hacemos lo que debíamos haber hecho desde el principio. Nos vamos a la librería, y le preguntamos al librero: «¿No tiene algún libro que hable de la tuberculosis?» — «Tenemos un gran surtido», — nos responde el li-

brero; y nos trae de allá del fondo un volumen. Nos llevamos el libro a casa y lo leemos. Cada uno de los casos de que hace la historia es nuestro propio caso, principalmente los más virulentos. ¡Pero así cualquiera es tuberculoso!

Repito que no he leído, etcétera, pero estoy por creer que acudimos al libro a la manera del tuberculoso, para verificar que no somos mediocres. En tal caso, el libro nos producirá el efecto de que sólo se ocupa de nosotros, diciéndonos en todos los capítulos: «Tú eres este». Y en tal caso, no sería posible que nos aviniésemos a convenir en ello, exclamando con un ademán de resignación: «¡Hombre, resulta ser qué éramos mediocres! ¡Qué le hemos de hacer!» Convictos y confesos de tuberculosis, ¡sea! Este es el punto de partida para ponerse en tratamiento. ¿Pero cuál es el tratamiento de la mediocridad?

Según lo que oigo decir de *El hombre mediocre*, el libro habla también del hombre genial. ¿Por

qué no lo leeremos para verificar que somos geniales, en lugar de leerlo para verificar que no somos mediocres? ¿Y por qué el libro no nos diría que somos geniales? Si nosotros hubiésemos escrito un libro sobre el hombre mediocre y sobre el hombre genial, no hubiéramos reservado en él la genialidad para nosotros, y dejado para el lector la mediocridad. ¿Por qué no ha de ser así en este libro? ¿Por qué habíamos de ir a verificar en él solamente una cosa, y por qué no habíamos de ir a verificar precisamente la otra? ¿Por qué, sobre todo, ni siquiera ha de ocurrirnos esto? ¿Por qué? — vuelvo a preguntar —. ¡Y quizá ese libro, en lo que a nosotros concierne, no se ocupe de otra cosa que de nuestra genialidad!

Si oímos hablar de mediocridad, no nos preguntemos desde luego si acaso no seremos mediocres. Esta no es una pregunta necesaria. ¿En qué se fundaría una sospecha, un temor de nuestra mediocridad, una secreta alarma que sintiésemos? Sólo después que me dijésemos en qué se funda, podríamos entrar a hablar de nuestra presunta mediocridad. ¡Entretanto, decídmelo cuantos en nuestro lugar no hubieran fracasado ruidosamente, allí donde nosotros hemos triunfado con nuestras cualidades de carácter, con nuestra modesta inteligencia y con nuestras pocas luces! Y aun ahora, henos aquí rebosantes de energía y llenos de confianza en nosotros mismos. Ideas geniales, como chispas que se encienden repentinas, o como relámpagos que iluminan imprevistos panoramas, cruzan por nuestro pobre cerebro. ¡Cuántas revelaciones en menos de un segundo! ¡Porque son verdaderas revelaciones, súbitas claridades, inmensos cortinados que se corren, nunca soñados horizontes que se descubren! Son cosas inmensas, son mundos nuevos, que sólo pudo penetrar nuestra indigna pupila. Son cosas que nadie, sino nosotros, aunque indignos, pudimos ver desde la Tierra. ¡La Tierra!... Ella se dilata a nuestros pies, como una pulida superficie inconfinada, que allá en remotas lejanías desciende como una solidificada catarata de metal. Una luz difusa en el ambiente, y un decadente sol, rojo y atónito, que parece suspenso en su carrera. Y sobre esa pulida superficie, en mitad de todo, frente al sol expectante y cohibido, nosotros, ese de la frente hinchada, que está con los brazos cruzados y profundamente piensa, y cuyo pensamiento es grávido. ¡Mediocres! No pequéis contra vosotros mismos. Sentid esa llamarada que súbitamente se inflama dentro de nosotros, sentid como todo nuestro cuerpo se estremece y se endereza al choque de una enérgica corriente. ¡Hurrah, amigos! ¡Precipitáos, tendidos como galgos, a través de los espacios infinitos! ¡Hurrah, cosacos gauchos, quiero decir, del Pensamiento! ¡Soltad la brida, cargad por los abismos sin fronteras!

Que estas pocas y mal hilvanadas, pero sinceras palabras, sirvan para alentar a los que yacen intimidados por el fantasma de la mediocridad. Si así fuese, todos quedaríamos contentos.

DIBUJOS DE ALONSO.





FIGURAS ESPAÑOLAS

Azorín

En presencia de este hombre tímido, silencioso y modesto, acude a nuestra mente una antigua imagen suya, juvenil, y un nombre: José Martínez Ruiz; el rebelde del paraguas rojo y el impertinente monóculo, que en un hermoso sueño soñó un día regenerar a España...

Borrada la evocación, queda ante nosotros este Azorín: un tanto agobiado, un poco triste y tal vez irónico. Habla poco y esto ya es muy raro en un hombre de España. En seguida descubrimos su timidez y azoramiento; parece que la vida fuese para él una cosa muy grave y extraña: en estos tiempos en que todo es excesivo, esta cualidad gana nuestra simpatía.

El se ha definido así, en la edad que lo encontramos: «Traen los años una visión de las cosas que no es la juvenil. Nos preocupa menos el color y la forma. Un ritmo eterno, escondido, de las cosas, se impone a nuestro espíritu. Si somos discretos, si la experiencia no ha pasado en balde sobre nosotros, una sola actitud mental adoptaremos para el resto de nuestros días. Nos recogeremos sobre nosotros mismos; confiaremos en los demás menos que en nosotros; bajo apariencias de afealdad desdennaremos a muchas gentes; miraremos con un profundo respeto el misterio de la vida; comprenderemos los extravíos ajenos, y tendremos conformidad y nos resignaremos, en suma, dulcemente, sin tensión de espíritu, sin gesto trágico, ante lo irremediable.»

En Azorín vemos, además, un vivo ejemplo de

la vida de los escritores españoles. En este pueblo, donde hay poco dinero para todo, y a más es menguada la curiosidad por las manifestaciones intelectuales, el escritor se encuentra con que ese período de bohemia, que se justifica mientras no ha hecho su obra, se prolonga hasta después de realizada; siempre. Para vivir, entonces, es necesario darse una vuelta por la política. El autor de *La Ruta del Quijote*, espíritu modernísimo, prosista maravilloso, ha tenido que escribir crónicas parlamentarias, hacer el panegírico de un político y hoy ocupa una banca en el Congreso de los Diputados, donde no habla.

Por su condición política le interrogo sobre la situación de España y la actitud que adoptará.

—Creo en su posible intervención en la guerra. Este estado de cosas no podrá prolongarse por mucho tiempo, sobre todo por la entrada de los Estados Unidos. Estos no tienen bases navales en los mares de Europa y forzosamente tendrán que recurrir a las Islas Baleares o Canarias.

—Una paz próxima evitaría ese conflicto.

—Mi opinión es que la guerra ha de durar todavía dos años más. Y España intervendrá de parte de los aliados—Francia, Inglaterra...—por ser ésta su política del porvenir y sobre todo, por América. Como usted habrá podido observar, nuestra intelectualidad está toda de acuerdo en esto, con excepción de Baroja y Benavente. Pero Baroja, que cuenta con la estimación de todos nosotros, profesa una germanofilia muy especial, al revés. Las derechas no cuentan con él.

—La opinión pública parece repartirse exactamente entre los dos bandos.

—Es que Francia e Inglaterra descuidaron su propaganda, de lo que se ha aprovechado Alemania. Ahora, esta lucha de la prensa...

—En la que el pueblo parece ha acabado por no creer, como dándose cuenta de que hay intereses de por medio.

—No. En España el periodismo influye mucho: forma la opinión. Fué la prensa germanófila la que hizo caer a Romanones. Lo que pasa es que el pueblo no se da exacta cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Y el discurso de Maura, del que tanto se ha hablado estos días, interpretándose de tan diversas maneras?

—Es una cosa grave y triste. Un paso atrás con relación a lo que, sobre el mismo asunto, dijo en otras ocasiones. Puesto que los acontecimientos son inevitables, él debió encauzar la opinión. Además, el otro domingo, en la Plaza de Toros, vimos representados a todos los elementos reaccionarios, o mejor dicho, a los representantes de esos elementos, pues todos hubiesen llenado varias plazas.

—Sin embargo, el discurso parece no tener importancia.

—Ninguna; si no fuera la opinión que representa. El espíritu de reacción puesto en nuestro camino, que conocemos y sufrimos desde nuestra juventud; siempre los mismos... ¡Es muy triste! Luego vendrán los acontecimientos, y Maura será llamado, hasta por las derechas, mal patriota.

Hay un silencio, en el que se concentra toda la amargura de las últimas palabras de Azorín. Luego hablamos de literatura.

Confirmando lo que hemos leído en sus páginas de revisión de valores, nos dice sus predilecciones por el exquisito filósofo Ortega y Gasset, el múltiple Ramón Pérez de Ayala, por Valle Inclán y Baroja, y los poetas Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez.

Entre los clásicos, su predilección por aquellos filósofos del Renacimiento, que nos dejaron pruebas de su intenso amor por las cosas pequeñas, como Vives. Los que vieron irradiarse en las cosas, tras larga obscuridad, el alma perdurable e inquietadora del Universo; los que gustaron de la poesía de lo pequeño y cotidiano. «El Renacimiento —dice— es como un grande amor a la vida, a los hombres y a las cosas. La armonía que en nuestra existencia diaria forman los detalles y los objetos menudos, se revela de pronto en las páginas de estos graves pensadores, silenciosos y dignos». Nos acordamos de Montaigne y de Gracián y descubrimos en estas palabras la trayectoria del pensamiento de ese libro admirable que es *Los Pueblos*.

La conversación languidece; Azorín no sabe qué decir, tímido, cohibido. Un amigo nos ha dicho que sufre por esta falta de sociabilidad de su carácter.

Nos despedimos.

Y en nosotros persiste la visión de este hombre que se nos aparece con miedo del mundo, con ojos curiosos y en sus ojos reflejado su espíritu...

Para los que no creen que la simple belleza de una prosa nos beneficia en algo; para los que encuentran en la vida de este peregrino señor, contradicción o apostasía, queda un ideal precioso, que nos descubre su inquietud espiritual en cada página y hace que se lea con admiración y respeto: La curiosidad por todo lo español —ya sea historia antigua o moderna— y la preocupación por un porvenir de bienestar y de justicia para España.

Le habrá faltado el aliento o nervio de león para realizar la obra que hizo sospechar en sus comienzos, pero fué sincero con su temperamento y realizó el prodigio de hallarse a sí mismo.

Su personalidad la vemos desarrollarse en «La Voluntad», «Antonio Azorín» y «Las confesiones de un pequeño filósofo».

Su pensamiento es limitado, pero ¡qué lleno de finas observaciones y de exquisita sensibilidad!...

Su prosa, en la última época —«Al margen de los clásicos», «Un pueblecito»...— tiene bellezas desconcertantes. Es, sin duda, una de las mejores que hoy se escriben en lengua castellana.

VALENTÍN DE PEDRO.

Madrid, mayo de 1917.





PROPIEDAD DEL SEÑOR FEDERICO ALABERN.

LAS TRES GRACIAS
ÓLEO DE NESTOR.

PAGINAS

FEMENINAS



Largos días han pasado, sin que se desgarra la bruma que envolvía con singular persistencia a nuestra cosmópolis... Mientras la muchedumbre seguía apiñándose en las principales arterias comerciales, reinaba en cambio la soledad más absoluta, en las amplias avenidas que nos conducen hasta más allá de Palermo, de sus lagos, de sus versallescos jardines...

Al descender la escalinata que da acceso a una de las suntuosas residencias que se levantan frente a esos jardines de ensueño, hube de detenerme hace pocas tardes, para contemplar el singular espectáculo que me hacía evocar a Hyde Park, en pleno Buenos Aires... Una densísima niebla esfumaba todo el paisaje, y apagaba hasta el rodar de los escasos carruajes que se aventuraban a seguir, camino de Belgrano... y si debo confesar a ustedes, que me produce especial encanto, ese «circular entre sombras», cuando, hasta los humildes faroles de los fiacres se engalanan con fantásticas irradiaciones, no puedo menos de pensar, sin embargo, en las cabecitas doradas o sombrías de los duendecillos familiares, en esas caritas mohinas, que, pegaditas a los cristales, anhelan ver llegar a su grande amiga, la luz radiante, para que les permita huir de su prisión, como gorriones impacientes, y desgranarse en parleras bandadas, por las plazas y jardines de la ciudad...

¡Era de ver, pocos días más tarde, el animado y bullicioso cuadro de la plaza Francia! El grande amigo de niños y de ancianos, había vencido por algunas horas, y en el anhelo de disfrutar de ese sol tan esperado,



era en la Avenida Alvear, una larga, interminable peregrinación de autos y de fiacres... algunos, los menos, seguían hacia Palermo; pero los que llevaban su preciosa carga de babys, y elegantes mamás, o desairadas «nurses» iban deteniéndose junto a los amplios veredones en que corrían ya, en medio de bulliciosa algazara, centenares de diminutos muñecos, dueños y señores de la plaza... ¡privilegio de que disfrutaban a su vez, los humildes, los andrajosos chiquillos, que aprenden desde esos primeros años, lo que son las diferencias de la vida!

En ese ambiente luminoso, veía vivir amplia, sanamente, a los que pueden dedicar las mejores horas del día a sus juegos, o a los que buscan una tregua de reposo en medio de una existencia agitada...

Grupos de esbeltas y juveniles siluetas, vestidas de sobrios y oscuros trajes *tailleur* pasaban delante del banco elegido por mí, para contemplar cómodamente, aquel cuadro lleno de vida y de color; las más encantadoras y admiradas mundanas, se dedicaban fervorosamente al «footing» que ha de conservarles toda la seductora flexibilidad de sus siluetas; escasos caballeros se unían de cuando en cuando, a esos grupos tan llenos de atractivos; de dos a cuatro de la tarde, se supone que los jóvenes han de dedicar al trabajo, todas sus actividades, y los que

no lo hacen, tienen por lo menos el tino de no hacer gala de su inacción...

— ¡Cómo cambian las costumbres — decía una de mis compañeras; cuando mis hijas eran jovencitas, y sólo me refiero a quince años atrás, no pude conseguir nunca, que me acompañaran a tomar sol a Palermo; la hora fijada entonces por la moda porteña, para ir a dar la monótona vuelta por la Avenida de las Palmeras, era las cuatro de la tarde; lucir un coche muy bien puesto, arrastrado por soberbio tronco de anglo-normandos, y volver a casa, ateridas de frío, era el colmo de la elegancia! Gracias a Dios, nos hemos vuelto razonables al cabo de los años, y mis chicas de ayer se han convencido que debían acompañar ahora a sus babys, y tomar también ellas, este saludable baño de sol... Lástima grande que no se vea ni una sola amazona; no digamos que la hora lo impide, porque tampoco se ve ninguna en las horas de la mañana...

— Qué quiere usted, amiga, hube de replicar: estamos en el siglo de las máquinas... ¿quién hace ya caso de caballos? ¡Sólo los perros, conservan sus prerrogativas!...

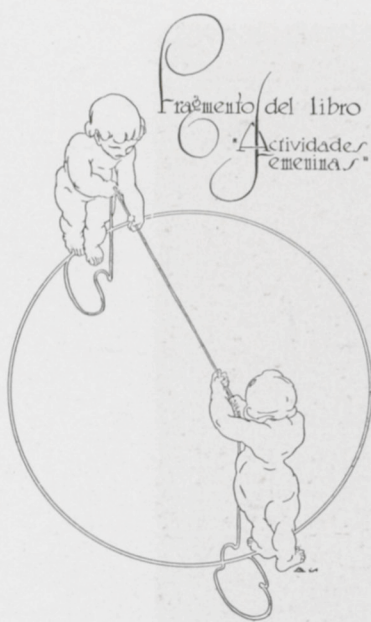
Y realmente; cantidad de minúsculos, o soberbios ejemplares de la raza, tomaban también su baño de sol, acompañando a los babys, en sus juegos, o sentados gravemente al lado de sus amas...

Rodaban aros, pelotas y patines... y también algún diminuto paseante, al que impedía hacer gala de su agilidad, el amplio abrigo que le envolvía; entretanto delicioso muñeco de cuerda, se veían representadas todas las extravagancias de la moda; *escoceses e incroyables*, muñecas vivas, llenas de moños y de plumas, revelaban toda la coquetería de las mamás... coquetería muy natural por cierto, mientras no permitía que brote una tendencia siquiera, a la vanidad, en esas rizadas cabecitas... Porque al lado de los abrigos de estilo, y los guantitos de fieltro, contemplaba yo también con intensa tristeza los harapos de los pobrecitos espectadores de ese cuadro de luz y de color... ellos llevaban por abrigo girones de tela, y sus manecitas estaban grieteadas por el frío... Contraste irremediable, único de la vida al que no podré resignarme jamás, porque los niños no deberían ser pobres nunca...

Se me oprimía el corazón al ver el ansia con que seguían los ojazos de una misera chicuela, que llevaba al hermanito en brazos, cómo se alejaba un diminuto personaje arropado en amplio abrigo de corte campana, y arrastrando un carrito en el que iba sentado un mono, que saludaba gravemente a derecha e izquierda; debía sentir aquel mono los mismos ideales de igualdad que dominaban mi espíritu en ese momento, porque meía exactamente su saludo hacia los aristocráticos y deliciosos babys, como para el andrajoso grupo, que cifraba en él todas sus ilusiones...

LA DAMA DUENDE.





POR
Amanda Labarca Hubertson

La dirección de «Páginas Femeninas» se complace en hacer conocer a sus lectoras uno de los espíritus femeninos más elevados de la nación hermana. La joven literata chilena, cuyo nombre honra nuestras columnas, envía su cordial saludo a las precursoras de la evolución femenina en nuestro país, y no dudamos que su hermoso ejemplo ha de encaminar hacia el mismo ideal muchas de las

actividades ignoradas en nuestro ambiente.

«En los actuales momentos existe en nuestro país, y en muchos otros que atraviesan un grado semejante de evolución, un problema referente al comercio mental y social entre el hombre y la mujer; imbuído él de un espíritu de investigación, de análisis y de crítica desarrollada durante el último siglo por las ciencias positivas y experimentales, y apenas armonizada ella con una mezcla de cultura a la violeta y una instrucción artística de pacotilla. Es una cuestión diferente a la del feminismo y a la del sufragismo que conmueve a los países industriales, y que dentro del nuestro, hoy, no tienen razón de ser. Es una falta de comprensión y adaptación mutua que los hace extraños el uno al otro, porque piensan y sienten de un modo tan distinto, que hasta las palabras mismas adquieren para ambos significaciones opuestas, y que da por resultado el que no exista, sino por rarísima y singular excepción, un compañerismo profundo, una amistad íntima entre el hermano y la hermana, el padre y la hija, el marido y la esposa.

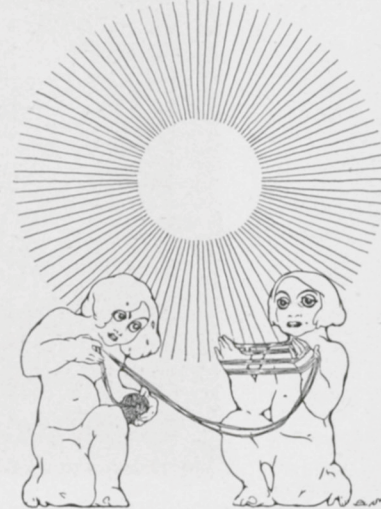
Señalada por la naturaleza para marchar eternamente por la misma senda, la ronda interminable de hombres y mujeres que vienen del infinito y del misterio para entrar de nuevo al misterio y al infinito por las puertas de la muerte, no alivia las fatigas de la ruta con la miel de la comprensión y de una confianza recíprocas. Hay en el fondo de los ojos de él una compasión inmensa por la compañera sin iniciativas, sin altivez de ideas, esclava de sus pequeñeces y juguete de su propia neurosis, compasión que los fatuos tornan en desprecio y los malvados con deseos de urdir con esas debilidades las redes que aprisionen las víctimas. Y a las pupilas azoradas o tranquilas de ellas asoman perennemente, eternamente, la desconfianza, su única arma de defensa.

Pero tal situación, por más que se haya

prolongado durante siglos, no es normal ni puede continuar agravándose. Hombres y mujeres sienten la necesidad de remediarla. No ha mucho, un ilustre miembro de nuestro Parlamento afirmaba, ante un público compuesto especialmente de educadores, que la condición de la mujer era tal en Chile, que no existían ni madres ni esposas que ejercitasen en su familia la influencia que debieran. Mas, sin ir tan lejos, cuántas veces no hemos escuchado ya de boca de un joven que entra a la vida armado de entusiasmo y honradez, ora de una mujer que ha dedicado toda su existencia a la realización de un ideal que no es posible hallar en el sexo opuesto, alguien en quien pueda confiarse y a quien podamos honrar con el nombre de amigo. Sin embargo, la amistad entre un hombre y una mujer y el intercambio constante de ideas entre ellos, es tal vez el único medio de adquirir, de los fenómenos que nos rodean y de aquellos que se verifican en nuestra alma, un concepto que no padece de unilateral. Las interpretaciones y las explicaciones del mundo que cada sexo se forja, lejos de ser antagónicas, se complementan hasta abarcar las distintas fases del prisma de la verdad.

No sé de otra parte del universo en que sea posible esta amistad ideal en un grado tan amplio como en los Estados Unidos, ninguna parte de la tierra en que la actitud de recelos y desconfianzas mutuas, exponente del abismo que separa las almas, haya disminuido más. A ello se debe el que me atreviera a aceptar la proposición de hablar sobre la mujer norteamericana y el ensanche que han alcanzado sus actividades. No es mi intención, sin embargo, hacer el panegírico de ella, ni tampoco la de exponer con detalles y prolijos datos sus numerosos defectos. Quede lo primero para quienes llevan su admiración hasta la ceguera, y lo segundo para quienes olvidan que el precorizar malandanzas ajenas no levanta el propio nivel, ni agrega nada a la obra de perfec-

cionamiento general. Sólo intento demostrar en el transcurso de estas lecturas, que la ausencia de armonía no es condición natural, ni falta de iniciativas, y la estrechez de criterio, son inherentes a la condición femenil, sino el resultado de múltiples circunstancias económicas y sociales. Y que si ha llegado para las americanas, puede llegar también para nosotras el momento en que los recelos se desvanescan, las fuerzas hoy dormidas se exterioricen en elevadas manifestaciones que hagan posible una serena comunidad de ideas y sentimientos, en cuyo seno sea grato olvidar las zozobras de los caminos berroqueños, cultivar las alegrías humildes que florecen como rosas en un sendero campesino, y devanar ante la gloria del sol el hilo de oro de nuestras esperanzas y el hilo de plata de nuestras fantasías.»



Comentando

Por
MARIA LEBEM

La suntuosa sala del Colón presentaba, la noche del 21 de junio próximo pasado, un aspecto soberbio.

La sociedad de la «Imagen del Divino Rostro», que preside doña Angiolina Astengo de Mitre, había reunido, con motivo del beneficio que celebraba a favor de su Escuela-Taller, un núcleo de damas, selecto y elegante, como pocas veces se ve ahora en nuestras principales salas de espectáculos.

En los palcos, encantadoras siluetas, con los hombros cubiertos por ligeras gasas, con los brazos alargados por la falta de guantes y colocados en uniforme pose, descansando las manos sobre las rodillas, daban la impresión de un friso griego. Los colores indecisos, tornasolados al lado de los colores fuertes y decididos, formaban un conjunto encantador. Donde se ponían los ojos se descubría un atavío elegante y una cara bonita, y recordé entonces el dicho de una portefa de pura cepa, cuya descendencia forma hoy legión de mujeres bonitas, mujeres cuyos ojazos han hecho época. «Esta sociedad debía

llamarse de los rostros divinos», dijo cierta vez que conversaba con su presidenta y varias damas de la Comisión Directiva.

Se cantaba «L'etranger», que el público escuchó pacientemente... «Lo que más me ha gustado ha sido la tormenta...», oí decir a una vecina mía que había estado tan atenta... que parecía arrobada. Esta opinión me confirmó en la idea de que mucha parte del elemento femenino, a pesar de su atención, no había comprendido aquella música.

Madame Vallin Pardo, con su seguro arte escénico y su bien timbrada voz, llenó cumplidamente su papel; en cambio, las pronunciadas dimensiones de Monsieur Journet no se prestan para interpretar el delicado personaje del Extranjero... sobra carne a aquel cuerpo, que encerraba el espíritu de un asceta, agobiado por penas y vigiliadas... el voluminoso estómago de Monsieur Journet causaba la impresión de un prosoico *bon vivant*.

Es digno de mencionar, como demuestran las cazueleras, el entusiasmo que les causó la aparición de Caruso en la escena. Gritos destampados se unen al palmoteo estruendoso que arranca de las galerías altas: esperábamos escuchar de labios femeninos, al fin, ¡bravo! entusiasta; pero esos alaridos extemporáneos, deben causar extrañeza y estupor al mismo artista que los inspira, por muy acostumbrado que esté a las manifestaciones de entusiasmo.

En el teatro Apolo, la compañía Membrives-Casaux ha puesto en escena la última obra del distinguido autor doctor Vicente Martínez Cuitiño, «La humilde quimera». Lola Membrives, a la que nuestro público

sigue paso a paso en su brillante carrera artística, ha evidenciado su temperamento interpretativo de eximia actriz en el papel de protagonista en «La humilde quimera».

Las elegantes y jóvenes señoras de hoy recuerdan con cariño a la jovencita actriz que, actuando al lado del veterano Juárez, hacía sus delicias en aquellos matinales de La Comedia.

He visto la otra noche, en la sala del Apolo, muchas de aquellas niñas de ayer... que iban a oír entonces a Lola Membrives en sus interesantes zarzuelitas, siempre morales y entretenidas; y he observado que tenían los ojos llenos de lágrimas... contagiados por la espontánea emoción, tan verdadera... tan sentida, como la que demuestra «Consuelo» en la acabada creación que hace de su papel, al entrarle en el alma el amargor de los primeros desengaños...

La señora Membrives de Reforzo debe sentir íntima satisfacción al comprobar el interés que despierta en sus antiguas conocidas, hoy conscientes espectadoras que aprecian su arte.

El señor Casaux, cuyo indiscutible mérito artístico se demuestra con tanta eficacia en la nota cómica como en la seria, dió relieve al papel de don Crisólogo, en la corta actuación que tiene, valiéndole un nuevo triunfo a su acertado juego escénico.

Casablanca, con su peluca a lo Cleo de Merode y sus bigotes en rulos, más que un comerciante español, se asemeja a un peñador de la casa de Moussion.

En el primer acto, durante el diálogo entre Cata y Consuelo, podría suprimirse aquella frase de: «...cuando tirás los botines...»; no encuadra esa expresión vulgar, con el es-

tilo de la pieza, aunque se desarrolla en un ambiente modesto.

En este acto también, cuando Cata abre la biblioteca para buscar un libro, debería recomendarse que tuviera el cuidado de no pasar los dedos por el sitio donde debía estar el vidrio...

En el aparador se podrían suprimir las dos botellas de vino Cordero, descorchadas y vacías, que ocupan sitios de floreros... Estos detalles de conjunto propenden a desilusionar al público observador, al que no escapa ninguno de estos descuidos de la dirección artística.

En el elegante cine Callao se ha exhibido una cinta, «La esclavitud del temor», que reúne, al argumento interesante, los preciosos panoramas que se suceden durante el desarrollo de la interesante vista. El lujo y los detalles con que se ha combinado este film, y la interpretación que hace la hermosa actriz Githel Clayton del difícil papel que representa, todo contribuye para impresionar agradablemente al espectador.

En la misma sala se ha dado al público la exhibición de una película, cuyo argumento se debe a la pluma del distinguido juríconsulto doctor Manuel Carls, «Buenos Aires tenebrosas». El doctor Carls descubre en la cinta citada una serie de lacras y carcomas de bajo fondo, los peligros del alcohol y la morfina; pero con una crudeza de detalles, que tienen que chocar necesariamente. Carece en absoluto de argumento que interese. Las escenas de arrabal no impresionan, sólo sorprenden desagradablemente al público numeroso y distinguido que concurre noche a noche a la hermosa sala del Callao.



Feliz la noble Italia, que en medio de los horrores de una guerra sin igual, en la tierra, en el mar y hasta en los espacios, tiene como ejemplo a su reina la humanitaria, la abnegada, la heroica Elena de Montenegro, que en el momento de un atentado contra el rey, se interpone entre él y el asesino para salvar la vida de su esposo amado, y que hoy comparte los dolores de su pueblo acudiendo a

confortarlo hasta en los lugares de mayor peligro.

Señora: hay en la Argentina mujeres que os admiran y os aman.

DOLORES LAVALLE DE LAVALLE.

El más grande, el más suave, el más bello sentimiento que ha puesto Dios en el alma de la mujer, es la caridad. Aliviar a los que sufren, compartir los dolores ajenos, es el gesto más bello y noble del alma humana.

TERESA DE URQUIZA DE SÁENZ VALIENTE.

¡ILUSIONES!

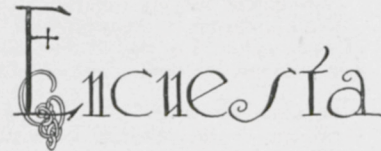
Las ilusiones son como los globos de jabón que se divierte en formar un niño.

Un poco de agua clara y un débil soplo, dan vida a éstos, y los hacen crecer y elevarse, irisados por todos los rayos de sol que en ellos se reflejan. Creemos que van a llegar muy alto, y a poco andar, el soplo de la brisa, una leve partícula de polvo o su propia inflación llegada al máximo, los hacen deshacerse y caer, y juntos, el jabón y el agua, forman una mancha que no siempre borra otra gota de agua clara y un rayo de sol.

También las ilusiones nacen al soplo del deseo, y crecen, y se elevan y se engalanan con los rayos del sol de la fantasía. Creemos con ellas escalar el cielo, pero un soplo del viento de la vida las destruye y las convierte en la mancha de barro que muchas veces no es capaz de borrar otra ilusión.

JOSEFINA ALMADA DE TORELLO.

Buenos Aires VI, 14, 1917



Al iniciar esta dirección la «encuesta» sobre el divorcio absoluto, creyó que sería de gran interés para la mujer argentina; pero hoy, que se ha presentado al Congreso el proyecto de esa ley, creo de suma importancia que las personalidades femeninas de nuestra sociedad exterioricen su pensamiento y sus creencias, sobre un asunto tan transcendental que roza íntimamente sus sentimientos. Ellas, con su autoridad, deben ser las que encaucen la opinión pública, dándole la orientación que más convenga a los intereses de la mujer en general. En el próximo número continuará la encuesta.



METEMPISICOSIS

POR

FELIPE SASSONE

Pobre alma mía, eterna peregrina,
del barro de mi carne prisionera,
a la vez tan humana... ¡y tan divina!
y siempre melancólica y sincera.

No sé el misterio que sus actos rige,
ni que tristezas inconscientes llora,
donde nació la pena que la aflige,
ni la llama de amor que la devora.

Sólo sé que es eterna; que ha vivido
antes que yo, y antes que yo ha llorado;
que antes de mí ha gozado y ha sufrido,
y que víctima soy de su pasado.

Y que en metamorfosis caprichosas
fué alma de cosas buenas y dañinas,
y hoy me presta el aroma de las rosas
y la hiriente crueldad de las espinas.

Ya no recuerdo, ni hay humana ciencia
que pueda demostrarme la verdad
de mi vida anterior, mas mi conciencia
siente la angustia de su antigüedad.

Y piensa en el misterio indescifrable
de las pretéritas encarnaciones,
que puedan explicar lo inexplicable
de todas mis extrañas sensaciones.

¿En dónde fué mi amada la Locura?
¿Dónde enfermó mi sensibilidad?
¿Dónde bebí tal ansia de aventura,
tanto anhelo de bien y de verdad?

Mi alma fué la de Job, y acaso un día
vivió unas horas bíblicas y aciagas,
y dió gracias a Dios, porque aun podía
rascarse al sol la podre de sus llagas.

O fué guerrera, y se cubrió de gloria
cuando su cuerpo se rindió en la lid,
y fué la agilidad y la victoria
en la sagrada piedra de David,

y luego hecha de luz de armonía
volara libre en el espacio azul,
desde el arpa en que fué la melodía
que aplacaba las iras de Saúl.

O fué queja, y helénico decoro
de arte a mi vida misteriosa trae...
¡y la lujuria que animaba al toro
que hizo gemir de amor a Pasífae!

Y el frescor grato de la clara linfa
del lago, en el que impúdica e incauta,
se bañaba desnuda alguna ninfa
mientras Pan acechaba con su flauta.

O presa de la fiebre aventurera
de la conquista se lanzó a la hazaña
a América llevando en su galera
la cruz de Cristo y el pendón de España,

y como Hernán Cortés quemó sus naves
y se impuso cristiano y español,
mi alma amó a una india de contornos suaves,
que hablaba en quetchua y adoraba al Sol,

y celebró sus libres esponsales
con una fiusta bárbara y morena,
entre el dulce trinar de los turpiales
y la triste salmodia de la quena.

Por eso siento yo en mi frágil barro,
trasunto de mi estirpe antepasada,
la indómita pereza de Pizarro
y el dolor de una reina destronada.

Después... no sé... tal vez... Una laguna
se abre en la vaguedad de mi recuerdo...
¿Voló mi alma a los parques de la luna
y es lunar, la locura en que me pierdo?

¿Por qué, si no, noctívago y doliente,
cuando las claras noches son de plata,
quiero a la luna como confidente,
nuevo Pierrot, con otra serenata?

¿O es que mi alma, perdiendo en jerarquía
encarnó en algún cuerpo de animal
y fué un can, y del perro aprendería
a ladrarle a la luna y ser leal?

¿O fué un gato noctámbulo y ladino
y con el lomo eléctrico y sensual
y yo sádico soy, como el felino,
con la zarpa crispada para el mal?

¿O violeta brotada en la carroña
del cadáver de un hombre santo y bueno?
¿O sierpe, y he heredado su ponzoña
y su sinuosidad y su veneno?

¿O hecha a la par de ardor y de frescura
fué en el sol lumbre y en el mar fué agua?
¿Por eso está impregnada de amargura
y arde en mi corazón como una fragua?

Todo eso y mucho más, pobre alma, fuiste;
volaste hasta el azul, bajaste al cieno,
por eso estoy cansado y estoy triste,
¡por eso soy tan malo... y soy tan bueno!

Porque llegaste demasiado tarde
a mí, no vivo sólo del presente,
por eso soy a veces tan cobarde
por eso soy a veces tan valiente.

Y es más, ya no soy dueño de mis actos
porque antes que encarnaras en mí ser,
en la noche del tiempo hiciste pactos
con el alma que anima a una mujer.

Cuando tú fuiste rosa, fué rocío;
cuando tú fuiste luz, ella color;
cuando tú fuiste cauce, ella fué río;
cuando tú fuiste un árbol, fué una flor.

Ella fué trino, cuando tú fuiste ave;
cuando tú fuiste verso, ella cantar;
cuando tú fuiste viento, ella fué nave;
cuando tú fuiste playa, jella fué el mar!

Por eso es fuerza que a tu amor responda,
por eso es tan amarga tu pasión,
que hay en ella perfidias de la onda
y ruge como el mar tu corazón.

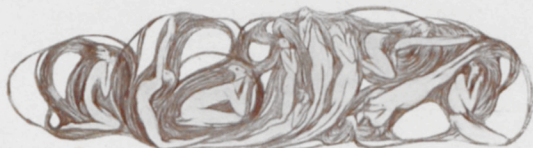
Pero no importa, eterna peregrina,
del barro de mi carne prisionera,
a la vez tan humana y tan divina
y siempre melancólica y sincera:

Cuando huyas de la tierra hacia la altura
a realizar tus sueños visionarios,
libre del cuerpo mío, bella y pura,
y en los espacios interplanetarios

augmentes la astronómica armonía,
tu alma gemela seguirá tu huella
y aquella santa que adoraste un día
será contigo luz, en una estrella.

Buenos Aires, 1917.

DIBUJO DE SIRIO.

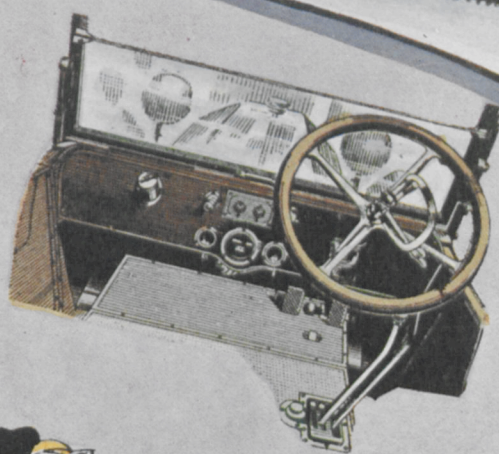
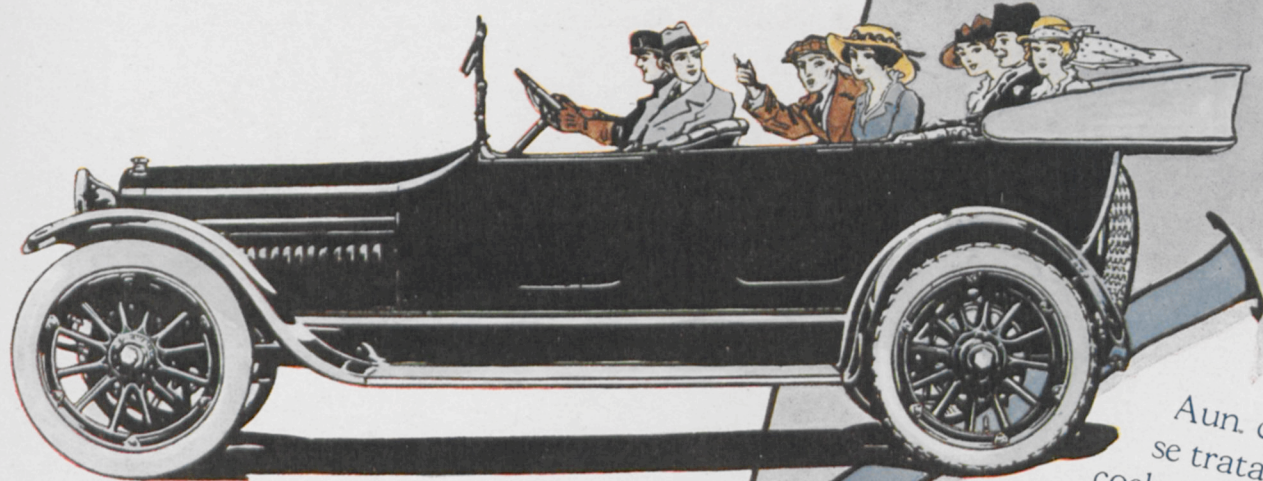




NOCHE DE ILUVIA

El invierno ha invadido de tristeza la ciudad. En las primeras horas de la noche, transeúntes y vehículos cruzan en todas direcciones, procurando aligerar su marcha bajo la amenaza de la lluvia. Una garúa fina y persistente enloda las calles asfaltadas. Los focos tienen un halo amarillento, cuya borrosa claridad se pierde entre la bruma espesa y gris. La gente se refugia en los cafés, en los cines, en los teatros... Una fuerte ráfaga de viento arrastra al pasar las últimas hojas de los árboles. Poco después empiezan a descargar las nubes; al principio son unas gotas gruesas y pesadas, que al chocar contra el suelo hacen un ruido monacorde. Minutos más tarde la lluvia se hace torrencial. Resguardados en sus capotes azules, los vigilantes son los únicos que resisten a la intemperie estas inclemencias del invierno. Las vías de la ciudad quedan solitarias. Sólo, a veces, se suele adivinar la figura de algún hombre que camina indiferente, como si no sintiera los rigores del frío, del viento y de la lluvia.

El automóvil más
cómodo y de más
fácil manejo.



Aun cuando se trata de un coche imponente por su aspecto y capaz de alcanzar grandes velocidades, han sido tan perfectamente estudiados todos los detalles del control y manejo, son tan poderosos y obedientes sus frenos, que dirigirlo y dominarlo no exige ni fuerza ni esfuerzos.

La mano de un niño basta para llevar la dirección y con dos dedos pueden manejarse las palancas. Sobre el tablero están al perfecto alcance de la mano, la llave que enciende los faros, los indicadores de nafta y aceite, la ignición y el velocímetro.

PÍDANOS HOY MISMO EL CATÁLOGO «C» Y
DETALLES COMPLETOS SOBRE ESTE HER-
MOSO, PERFECTO Y ECONÓMICO COCHE.

D. B. RICHARDSON
REPRESENTANTE

AVENIDA DE MAYO, 1235 — BUENOS AIRES

THE STUDEBAKER CORPORATION
OF AMERICA

CONCESIONARIOS EN EL URUGUAY:
COATES Hnos., SARANDÍ, 452 - MONTEVIDEO



ARGA



La última novedad
en lamparitas—

Es el nombre de
las lamparitas **PHILIPS** MEDIO WATT
de 50 y de 100 bujías para iluminación de casas de familia.

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA),
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.

PLVS VLTRA



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2

PREPARATIVOS

ÓLEO DE MARÍN.